

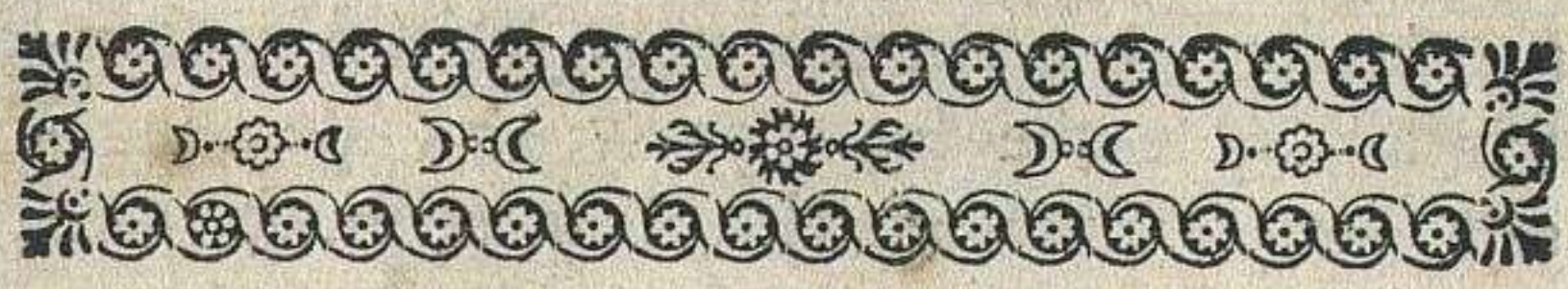
Valencia

neral

rtig.

n

Dias Autip
IV-51



EL VIAGERO UNIVERSAL.

ó

NOTICIA DEL MUNDO

ANTIGUO Y NUEVO.



CARTA LXVII.

El Japon.

Este vasto Imperio, el mas antiguo de los que se conocen despues del de la China, fue descubierto casualmente por un navío Portugués, que fue arrojado por una tempestad á sus costas el año de 1542. Los Portugueses hallaron una benigna acogida en los Japoneses, quienes les dieron todos los socorros y auxilios que necesitaban, y les franquearon todos sus puertos, con los mayores privilegios para el comercio, del qual sacaron al principio inmensas riquezas.

El Imperio del Japon está situado en-

tre los 31 y 42 grados de latitud septentrional, y entre los 157 y 175 de longitud. Se extiende al N. E. y al E. N. E.: su anchura es muy irregular, y estrecha en comparacion de su largo, que en linea recta, sin comprehender todas las costas, tendrá por lo ménos doscientas leguas.

Despues de muchos dias de navegacion, descubrimos las primeras islas del Japón, llamadas *Gotho*, habitadas únicamente por labradores. Luego que las descubrimos, cada qual de nosotros tuvo que entregar al Capitan sus libros de devocion, y demas insignias religiosas, con todo el dinero que podia provenir de Europa. Se hizo inventario de lo que pertenecia á cada uno, y todo se metió en un cofre viejo para ocultarlo de los Japoneses. Esta precaucion es muy necesaria, porque registran á todos los pasajeros para ver si llevan escondidos rosarios, medallas, libros, ó imágenes de la cruz, ó de algun Santo; y se castigaria como delito capital el llevar algunas de estas insignias de religion.

Los Holandeses á fuerza de perfidias é infamias fueron los que mas contribuyeron á hacer odiosos á los Portugueses, Españoles, y á todos los Católicos en el Japon, haciendo creer al Cubo, que la predicacion del Evangelio era un medio político de los Portugueses y Españoles para

usurparle el Imperio. Lograron con estas calumnias el efecto que intentaban: el Japon se cubrió de sangre de Católicos: los Portugueses y Españoles fueron arrojados para siempre de aquel Imperio, y los Holandeses quedaron dueños de aquel comercio exclusivo. Pero les duró poco esta felicidad: tres años despues, en 1641 fueron despojados de la libertad y privilegios: se les destinó á estar presos en la isla artificial de *Decima*, que se comunica por un puente con Nangasaqui, y se les sujetó á las mayores ignominias y befas, no permitiéndoseles mas trato que con los Comisarios del comercio.

Entramos, en fin, en una ensenada, rodeada de altas montañas, de islotes y de rocas que la defienden de los vientos. Este se llama el puerto de Nangasaqui, situado en la parte de la Isla de Ximo, la mas próxima á Europa, y la mas conocida. Saliéronnos al encuentro diez y ocho barcos Japoneses, y nos conduxeron hasta la prision Holandesa, no tanto por honrarnos, como por observarnos: dos Comisarios del Gobierno pasaron á nuestra embarcacion, acompañados de ministros, intérpretes y soldados. Pidieron la lista de las mercaderías, el nombre de los pasajeros, su edad, patria y empleo: yo me calificué cirujano del navío, y pasé por

Holandés. Despues nos hicieron varias preguntas sobre las circunstancias de nuestro viage, y escribieron todas nuestras respuestas. Leyéronnos unas ordenanzas de policía, á las quales nos obligaron á sujetarnos durante nuestra permanencia en el Japon, y fixaron copias de ellas en el navío, y en varios parages de la isla. Entre otras cosas se mandaba, que ningún Holandés pudiese salir del navío para entrar en la ciudad, ni salir de ésta para volver á bordo, sin licencia expresa firmada por un Oficial Japon, que debe renovarla siempre que se pasa de un lugar á otro. Al contrario, los Comisarios encargados de la visita del navío encierran á los Holandeses en su casa, despues de haberlos contado uno por uno; y por la mañana usan siempre de la misma precaucion, y hacen iguales pesquisas para ver si alguno se ha escapado.

Algunos dias despues de nuestra llegada, estos mismos Comisarios arreglaron el tiempo y el modo de descargar las mercaderias. Segun las iban trayendo, las examinaban, cotejándolas con la factura que se les habia entregado, y abrian algunos fardos de cada especie para asegurarse de la fidelidad de la factura. Despues los encerraron en los almacenes de la Compañía Holandesa: los Comisarios se queda-

ron con las llaves, y pusieron su sello sobre la puerta, quedando allí depositadas las mercaderías hasta que el Gobierno tuviese á bien señalar el tiempo de la venta. Quando se hubo determinado el dia, se fixaron listas de todos los géneros, y se vendieron en almoneda en un gran salon destinado para este uso.

Nuestro Director está haciendo sus preparativos para pasar á Jedo; entre tanto yo empleo la poca libertad que me permiten los Japoneses, en estudiar su caracter, observar sus costumbres, y sobre todo, en exâminar la ciudad de Nangasaqui, donde me hallo actualmente. Tendrá esta ciudad unos tres quartos de legua de largo, con una anchura casi igual: debe su aumento á los Portugueses, porque no era mas que una aldea reducida quando tomaron posesion de ella, y la hicieron el emporio principal de su comercio. Desde entonces empezó á concurrir á su puerto gran número de navíos estrangeros: tambien los mismos Japoneses, atraidos de la ganancia, vinieron á establecerse en ella, y de este modo Nangasaqui se aumentó considerablemente, y se hizo una de las ciudades mas florecientes del Japon. Habiendo sido despues arrojados los Portugueses de esta ciudad y de todo el reyno, Nangasaqui decayó mucho de su esplendor, y

actualmente es muy mediana su poblacion. Sus habitantes son por la mayor parte artesanos y jornaleros, con algun número de mercaderes. Sin embargo, su puerto es todavía el punto de reunion de todos los que tienen permiso para comerciar en este Imperio. Sobre las montañas que le rodean hay cuerpos de guardia, desde donde avisan de todo lo que descubren en el mar. La ribera está defendida con algunos fortines.

Nangasaqui no está rodeada de murallas, sus calles son estrechas é irregulares, el piso desigual, y las casas baxas y de mal aspecto, pero muy aseadas, y bien distribuidas en lo interior. No tienen mas que un quarto baxo, ó quando mas, un desvan, que solo sirve de almacén. Aquí, como en la China, ninguna ventana cae á la calle, y la fachada de las casas particulares no tiene mas adorno que una puerta estrecha: en las de los artesanos y mercaderes se vé ademas una pieza en donde trabajan, ó tienen manifiestas sus mercaderías. Estas casas son de madera cubierta de barro, y de tablas. Los quartos no tienen mas puertas que unas mamparras, y en las ventanas no hay mas defensa que unos encerados de papel. Los techos y suelos de las habitaciones son de madera de cedro, ó de pino; extienden

por el suelo esteras finas, y el techo lo adornan con papel pintado ó dorado. Estas mismas esteras sirven de camas y sillas, ó por mejor decir, los Japoneses no tienen sillas ni camas, ni comodidad alguna de este género, porque acostumbran, como la mayor parte de los Asiáticos, á sentarse en el suelo, y á dormir sobre esteras ó almohadas. Todo lo interior de las casas está pintado y barnizado, y en todo se advierte el mayor aseo y limpieza.

Hay algunos edificios notables en Nangasaqui, como son los arsenales, los templos, y los palacios de los Gobernadores, que ocupan un espacio considerable, y dominan á toda la ciudad. Los templos dedicados á los antiguos dioses del pais, y á los ídolos extranjeros, cuyo culto ha sido traído de los paises vecinos, son aquí muy numerosos, bien contruidos, y consagrados no solamente á los usos religiosos, sino tambien á las diversiones públicas. Hay en ellos jardines espaciosos, donde han construido salones separados del templo en que están los ídolos; en estas piezas, y en los parages amenos que las rodean, se celebran las diversiones y las fiestas solemnes. Los Holandeses habitan en una isleta, situada en el puerto, donde están como encerrados: esta especie de prision no tiene mas que seiscientos pies de largo,

con doscientos de ancho. Está prohibido á los barcos de la ciudad el abordar á este parage, y usan de tantas precauciones como si allí guardasen á unos reos. Los Chinos que viven tan estrechos como los Holandeses, tienen sus habitaciones sobre un cerro, en un parage diametralmente opuesto: su habitacion está rodeada de una muralla, y no pueden salir de este recinto sin licencia expresa de los Magistrados.

Á pesar del caracter suspicaz y disimulado de los Japoneses, he logrado á fuerza de obsequios y rendimientos grangearme la confianza de algunos de ellos. No he conocido nacion mas sensible á las demostraciones de estimacion, ni que se entregue á la amistad con mas sinceridad, quando creen que no hay peligro. La costumbre de tratar por tanto tiempo con los Holandeses los ha hecho ménos maliciosos y mas sociables, y por esta causa tengo la proporcion de conversar familiarmente con personas, que yo tenia por inaccesibles: hasta los mismos Bonzos me admiten á su trato. Las materias de religion son el objeto mas comun de nuestras conversaciones, y hemos tratado muchas veces con franqueza sobre la del Japon. Tres son las principales que se conocen en este Imperio; la primera, y la que se tiene por mas pura, se llama *Sintos*, la qual dá culto á los an-

tiguos dioses del país, que según la superstición de esta nación, creen que gobernaron el Japon por muchos millones de años. La segunda se llama *Budso*, y consiste en la adoración de los ídolos extranjeros, la qual fue introducida en estas islas á principios de nuestra Era. La tercera, llamada *Siuto*, es un sistema fundado sobre las luces naturales, que tiene por objeto la práctica de la virtud, sin dar culto á ninguna divinidad.

La religion de *Sintos* es un misterio para el pueblo: sus Sacerdotes no la revelan sino á sus discípulos, y éstos al iniciarse en ella, se obligan con juramento á no descubrir nada de sus arcanos. Este juramento es relativo principalmente al origen del mundo, que en el Japon es cosa de mucho misterio. Su historia de los primeros tiempos no contiene mas que la relacion de los combates de los dioses contra gigantes, dragones, y otros monstruos que dicen assolaban la tierra. Varias ciudades y aldeas de este Imperio han tomado su nombre de estas acciones memorables, que dicen acaecieron en sus cercanías. Conservan en los templos las espadas y las armas de estos dioses ó heroes, que habiéndose hecho célebres por sus grandes proezas, el pueblo lleno de admiración los deificó, y les erigió templos. De

aquí procede aquella serie numerosa de divinidades, que los Sintoistas dividen en varias clases, y los adoran con el nombre de *espíritus inmortales*. Consideran á estos héroes no solo como los genios tutelares de la nacion, sino tambien como sus fundadores y primeros Reyes. La historia de estos dioses es toda la ciencia teológica de los Japoneses.

El *Dairi*, que es el supremo Sacerdote del Japon, tiene la facultad de deificar así á algunos hombres célebres, permitiendo á los pueblos que los adoren y les erijan templos. La ceremonia de la apotheosis se executa con mucha pompa, y se asigna al nuevo dios la parte de poder que ha de tener sobre los hombres. Como cada dia se aumenta el número de estas divinidades, y á cada una se le debe erigir un nuevo templo, no hay ciudad en que el número de las pagodas no sea casi igual al de las casas. Es costumbre conservar en una caxa los huesos, las armas, y las obras de manos que el nuevo dios hubiese executado. El *Dairi* no solo tiene el privilegio de hacer dioses, sino que él mismo es un objeto de veneracion y de culto para los Sintoistas. Como se supone que descende por linea recta de las antiguas divinidades de la nacion, y que ha heredado sus virtudes, y el caracter au-

gusto de sus abuelos, se le venera como á su viva imagen, y le dan casi el mismo culto. Creen tambien, que todos los dioses del pais tienen sumo respeto á su persona; que mantienen con él un trato íntimo; y que le visitan una vez cada año por Noviembre ó Diciembre. Los Japoneses llaman á este tiempo la *visita de los dioses*, como los antiguos Egipcios y Griegos, que creian que sus dioses baxaban todos los años á Ethiopia, y permanecian allí por doce dias, como habreis visto en la Iliada de Homero. En este tiempo, todas las ciudades de Ethiopia y de Egipto se ponian en movimiento: no se veia mas que procesiones y romerías por todas partes, con las estatuas de los dioses en triunfo. Los Japoneses hacen todo lo contrario, pues cierran los templos, suponiendo que el cielo ha quedado vacío, y que todos los dioses baxan por todo aquel mes á residir en casa del Dairi, que cuida de tenerles una mesa espléndida para que se regalen.

Los Sintoistas no admiten la transmigracion de las almas; sin embargo, se abstienen de matar y de comer los animales que son útiles al hombre, teniéndolo por crueldad é ingratitud. Tienen alguna idea de la inmortalidad del alma, y de un estado futuro de felicidad ó infelicidad; pero les hace muy poca mella, y reducen

todas sus esperanzas y temores á los bienes y males de esta vida. Creen que hay otra vida , pero no admiten la eternidad de penas en el infierno , pues segun ellos, los malos vuelven á este mundo para purgar sus pecados. La práctica de su religion es muy suave , pues no se admite en ella ninguna mortificacion , diciendo que sus dioses gustan mucho de verlos alegres, y gozando de los placeres. El único objeto de los Sintoistas es ser felices en esta vida , y sin embargo , su religion es la ménos seguida en el Japon. Tienen algunas ceremonias legales , que por la mayor parte se dirigen á la limpieza del cuerpo: consisten principalmente en no mancharse con sangre , en abstenerse de comer ciertas carnes , y en no tocar los cadáveres. Los que están manchados con alguna impureza de esta especie , no pueden sin delito entrar en los templos , ni visitar los lugares Santos. Quando le cae á alguno una gota de sangre sobre el vestido , está impuro por siete dias. La muerte de un pariente causa una mancha , cuya purificacion es mas ó ménos larga á proporcion del grado de parentesco. El que come carne de ciertos animales domésticos , tiene tambien necesidad de purificarse. En esta religion no se admiten mas diablos que las almas de las zorras ; porque estos anima-

les hacen grandes estragos en el Japon, sistema de donde el Jesuita Bougeant quizá habrá tomado sus absurdas ideas sobre el alma de las bestias.

La celebracion de los dias solemnes es otro punto esencial de la religion de los Sintostas, en los quales se destinan principalmente á visitar y obsequiar á sus amigos, siendo todo alegría y regocijo en estas fiestas, sin mas ceremonia de religion que el visitar los templos. Hay tres fiestas principales cada mes, y otras mas solemnes que se celebran cinco veces al año con mucha pompa. La del año nuevo dura varios dias, en los quales se complimentan y regalan unos á otros, como entre nosotros por la Natividad. El año empieza para los Japoneses en la luna nueva que sigue despues del 5 de Febrero, entre el solsticio de invierno, y el equinoccio de primavera, y así varía este principio como la Pasqua entre nosotros.

Hay una fiesta destinada particularmente para las muchachas, otra para los muchachos, otra para los niños, y otra en fin que se emplea únicamente en los placeres de la mesa, en juegos, danzas, y espectáculos: el regocijo, la disolucion, y los excesos duran entónces por muchos dias. Cada qual se esmera en convidar á sus amigos, y aun se admite en estos

banquetes á los desconocidos, y hasta á los extranjeros. Esta fiesta se parece en el libertinage á los Saturnales y Bacanales de la antigua Roma. Aunque pertenece esta fiesta principalmente á la religion de los Sintoistas, sin embargo, como todos los Japoneses son muy dados á las diversiones y placeres, de aquí es que todas las sectas la han adoptado.

La romería de Isje es otro artículo de la religion de Sintos: Isje es una Provincia del Japon, célebre por el nacimiento del dios mas antiguo y poderoso del Japon. Esta nacion pretende que allí fue la primera habitacion de sus mayores, y la cuna de la especie humana. Los devotos van á esta provincia una vez al año, y todos deben hacer este viage, por lo ménos una vez en la vida, para conseguir felicidades en este mundo, y la eterna en el otro. El término de su romería es una pagoda que llaman *el templo del gran Dios*, que es el mas venerado y famoso del Japon; y sin embargo, no hay cosa mas sencilla y pobre que este edificio, construido de madera y cubierto de paja. Todo su adorno consiste en un espejo, que para los Sintoistas es símbolo de la perspicacia y pureza de la inteligencia suprema.

Cerca de allí sobre un collado hay

una cueba que los peregrinos nunca dexan de visitar, porque dicen que allí se escondió su gran dios, quando privó al mundo de la luz: allí les muestran un ídolo sentado sobre una vaca, al qual llaman *la representación del sol*. Los Japoneses conservan estos edificios en toda su sencillez como una imagen de la suma pobreza de los primeros hombres, y en casi todas sus solemnidades y usos tienen algo que recuerde esta antigua indigencia del género humano. El templo de Isje está rodeado de una infinidad de capillas, la mayor parte tan baxas, que apenas caben de pie los ministros que las cuidan. No son Sacerdotes los que tienen este cuidado, sino legos, que sin embargo tienen sus superiores y trages particulares que los distinguen de los otros seglares. Su adorno de cabeza es un gorro prolongado, que se atan por debaxo de la barba con cordones de seda mas ó ménos largos, segun la clase del que los lleva. Están obligados á inclinarse delante de las personas de clase superior, hasta que la punta del cordon toque á la tierra. Estos ministros en las materias de religion están sujetos al Dairi, pero en los demas asuntos obedecen, como todos los Sacerdotes del Imperio, á los jueces legos.

Es cosa bien estraña, que los Sacer-

dotes del Japon, que son muy pobres, y están precisados á exercer los mas viles ministerios para subsistir, hayan abandonado á los seglares la direccion de los templos de Isje, de donde pudieran sacar la mayor ganancia, ya por las grandes rentas con que están dotados, ya por las limosnas de los peregrinos que van allí en tropas continuamente. Aseguran que las mugeres están libres de toda incomodidad durante esta romería, lo qual fingen para evitar el desprecio y horror que causarian á los demas peregrinos, por no contraer una impureza legal. Esta romería se hace en todos los tiempos del año, pero el mayor concurso es por los meses de Marzo y Abril, que es la estacion mas amena en el Japon: en ella se ven personas de todos sexos, edades, y estados, excepto los Grandes Señores que rara vez la hacen en persona: la mayor parte de éstos se contentan con enviar substitutos, á exemplo del Emperador, que envia todos los años una embaxada solemne. Las personas de inferior clase creen que no se pueden eximir de este acto de religion: unos van á caballo, otros en literas, y la mayor parte á pie. Los pobres llevan su cama al hombro, esto es, una estera de paja: en una mano llevan un bordon, y una hortera colgada de la cintura, en la qual

reciben las limosnas , porque en esta ro-
mería se mantienen únicamente de las li-
mosnas de los demas peregrinos. Se cubren
la cabeza con un sombrero de paja , en
el qual , y en la hortera , llevan escritos
sus nombres el lugar de su nacimiento , y
el parage de donde vienen , para que en
caso de morir , puedan reconocerlos , y
dar parte á los Magistrados de las ciu-
dades.

Entre este gran número de peregrinos
hay algunos que se distinguen por ra-
rezas muy notables : unos van en quadri-
llas cantando y tocando un instrumento
como guitarra por todo el camino : otros
caminan desnudos en tiempo del mayor frio,
sin mas que un poco de paja atada al re-
dedor de la cintura. Estos últimos van so-
los , y casi siempre corriendo ; no piden
limosna , y se alimentan con mucha mi-
seria. Quando un peregrino marcha para
esta romería , cuelga á la puerta de su
casa un cordel guarnecido de papel corta-
do , para advertir á los que hayan con-
traido una impureza legal , que no entren:
el que despreciase esta advertencia , dicen
que se expondria á accidentes muy funes-
tos , y á tener muy malos sueños. Esta
precaucion no basta para el feliz suceso
de la romería , pues ademas es preciso que
observe la mayor pureza por todo el ca-

mino, y aun debe abstenerse del débito conyugal. Las mugeres no deben permitir que se acerquen á ellas los hombres, ni aun sus maridos; y para persuadirlos á la mas estrecha observancia de esta abstinencia, cuentan fábulas tan absurdas como ridículas, de castigos que han experimentado los que la han quebrantado.

Quando el peregrino llega al término de su romería, visita todos los templos y capillas, y concluidas sus estaciones, le entregan una caxita en que dicen se contiene el perdon de sus pecados. La meten bajo la copa del sombrero para defenderla de la inclemencia del ayre, y quando llegan á sus casas, la guardan en un nicho particular. La virtud de estas caxitas no dura mas que un año; pero los Japoneses las conservan siempre con cuidado. Se vende una cantidad prodigiosa de estas caxitas á los que no pueden ir á esta romería, lo qual es un manantial de riquezas para los impostores que las reparten.

Hay tambien en el Japon una especie de ermitaños que hacen profesion de vivir en soledad; otra especie de estos solitarios vive en comunidad, y cada una de estas sectas tiene un superior en Meaco: el objeto de su profesion es pelear en defensa de sus dioses, en caso necesario. Practican las mayores austeridades; pasan su vi-

da viajando de montaña en montaña: todos los años tienen obligación de trepar por una muy alta y llena de precipicios, preparándose para esta romería con ayunos y penitencias. Se encuentra frecuentemente á algunos de estos fanáticos pidiendo limosna con mucha importunidad al rededor de los templos: esperan á los caminantes en los pasos estrechos, y no es facil reusar á tantas instancias alguna limosna. Su trage es lo mismo que el de los legos, pero añaden algunas distinciones: llevan á la espalda un zurrón en que meten su ropa, libros y dinero. Estos miserables son muy dados á la mágia: pretenden que pronunciando algunas palabras misteriosas y formando ciertas figuras, pueden descubrir los autores de un hurto, adivinar lo venidero, explicar los sueños, y curar las enfermedades. Hay algunos de estos ermitaños, que aseguran saben el arte de rejuvenecer á los viejos, porque la fábula de la fuente de la juventud es de todos tiempos y paises.

Hay otra Sociedad muy antigua, y que merece mucha distincion en este pais, que se compone de ciegos de todas edades y estados, cuyo origen refieren de este modo. „Un hijo de un antiguo Emperador del Japon se enamoró de una Princesa, que mutuamente concibió la mayor pasion por él. Estos dos amantes gozaron por al-

gunos años de los placeres de un amor mutuo ; pero su felicidad no fue duradera. La Princesa murió , y el Emperador penetrado del mas vivo sentimiento , perdió la vista á fuerza de llorar. Para consolarse de estas dos desgracias , y quizá para inmortalizar á su amada , estableció una Sociedad en donde no se habian de recibir sino ciegos , por lo qual no se les vé mendigar por las calles como en los demas paises. Por espacio de muchos siglos esta Sociedad fue muy floreciente , pero actualmente ha decaido mucho ; lo qual ha procedido de haberse establecido otra Sociedad de ciegos , en la qual entran todos los Grandes Señores que pierden la vista. En un tiempo en que los Japoneses estaban divididos en dos facciones , un General de exercito tuvo la desgracia de perder una batalla y quedar prisionero : queriéndole obligar el Príncipe vencedor á entrar en su servicio , el General le respondió : „Lo mas que puedo hacer por tí, es arrancarme los dos ojos que me excitan á matarte , pues no puedo mirarte sin sentir deseos vivos de quitarte la vida para vengar á mi Soberano.” Diciendo estas palabras , se arrancó los ojos , los puso en un plato , y los presentó al Monarca. Habiéndole concedido la libertad , se retiró de aquella Corte , y fundó la

segunda Sociedad de ciegos. Esta Sociedad se mantiene honradamente con su industria, y con trabajos propios de su estado. Muchos de ellos se aplican á la música y á la poesía, lo qual les franquea la entrada en las casas de los Grandes en calidad de ingenios. En efecto, aseguran que los anales del Imperio, la historia de los hombres célebres, y los títulos de las familias antiguas, no son monumentos mas seguros que la memoria de estos ciegos: sus conocimientos forman una tradicion histórica, la qual nadie se atreve á impugnar. Tienen sus academias en donde se graduan y ponen en verso y música las acciones mas memorables de los héroes de sus pais. Los emplean tambien en ciertas solemnidades, en las fiestas públicas, en las ceremonias religiosas, y en las bodas. El que es admitido en esta Sociedad, no puede ya salirse de ella: el superior de todos reside en Meaco, donde goza de una renta considerable: los demas viven esparcidos por el Imperio. Toda la Sociedad es gobernada por un Consejo compuesto de diez ancianos, que tiene facultad de vida y muerte, pero es preciso que la sentencia sea confirmada por el Presidente del Tribunal supremo de Meaco. Este Consejo envia á las provincias algunos superiores, que tienen la comision de velar so-

bre los individuos de esta Sociedad.

La secta de Budsdo tuvo su origen en la India , desde donde se extendió á Siam, á la China , y al Japon , con diferentes nombres. Cuentan mil fábulas de su fundador , y su historia varía segun los diferentes países en que su culto se halla establecido , pero en todas partes concuerdan en darle los honores divinos. Los Indios le llaman Vistnú , los Siameses Somonacodon , los Chinos Foé , los Japoneses Buds , ó Siaka. Algunos de sus discípulos recopilaron sus mejores máximas , y los principales artículos de su religion , y en lo sucesivo ellos tambien fueron admitidos en el número de sus dioses , dándoles tanto honor como á su maestro , y colocándolos en los mismos templos. El culto de Siaka fue traído al Japon por los mismos Sacerdotes que le llevaron á la China : hizo aquí pocos progresos por muchos siglos , pero despues ha prosperado tanto , que es al presente la religion mas floreciente del pais , en términos , que hasta los mismos Sintoistas han adoptado los puntos mas esenciales. Uno de los mas principales es el dogma de la vida futura , el fin del mundo , y el desprecio de la vida presente. Estos principios mal entendidos por los Japoneses , los arrastran á acciones en extremo crueles contra sí mismos. Emprenden penitencias excеси-

vas ; se anegan metiéndose en barcas agujereadas , se precipitan de lo alto de las rocas , se encierran entre quatro paredes, se hacen despedazar metiéndose debaxo de las ruedas de los carros , y otros delirios de esta naturaleza. Sus oraciones se reducen á locuras y raptos furiosos ; sus humillaciones son unos abatimientos indignos, sus penitencias furoros de frenéticos. No me detendré en el por menor de esta secta , que tiene por fundamento la transmigración , de donde resultan todas las conseqüencias bien notorias de esta antigua supersticion. Sin embargo , admiten un paraíso y un infierno , y para evitar el uno y conseguir el otro , se arrojan sus sectarios á unos extremos tan bárbaros de rigor. Todo lo que os he dicho de los furiosos sectarios de la doctrina de Foé , és muy inferior á las inhumanidades que practican los adoradores de Siaka.

Los Bonzos del Japon , que son los Sacerdotes de la secta de los Budsoistas, son reputados por tan hipócritas , y corrompidos como los de la China , pero son aquí mas respetados. El pueblo los venera como á santos , y por consiguiente tienen un mando absoluto sobre todos los que se entregan á su direccion : el crédito que suponen tienen estos impostores con sus dioses, les grangea el mayor respeto. Tienen

un superior á quien reputan por infalible: de él dependen todos los Bonzos, los Sacerdotes, y todas las Sociedades particulares. Los Bonzos están divididos en varias congregaciones, y hacen profesion de la mayor regularidad: se dice que en secreto se desquitan de este rigor aparente, y aun se les supone la mayor corrupcion. No hay artificio ni fraude que no usen para enriquecerse, apropiándose por estos medios las mayores riquezas.

Los adoradores de Siaka tienen sus fiestas particulares como los Sintoistas: una procesion de carros llenos de figuras simbólicas vá con mucha pompa al templo de su dios para sacarle en procesion por la ciudad. La manceba de este dios marcha por otra parte, y encuentra á la esposa légitima, la qual se muestra zelosa: entónces el pueblo afecta mucha aficcion, derrama lágrimas, cada uno finge que toma partido por alguna de ellas, pero en fin se acomodan, y cada divinidad se retira por su parte. En otra fiesta pasean un ídolo á caballo, con la espada en la mano, acompañado de pages que llevan su arco y flechas, y seguido de un carro vacío, al qual el pueblo dá adoracion como si el dios fuese en él. Los Bonzos van cantando himnos, y el concurso grita y repite por todo el dia: *mil años de pla-*

ceres : mil millares de años de regocijo.

Entre las diferentes fiestas que se celebran en el Japon, he aquí una que os parecerá harto cruel. Unos hombres armados se presentan en una explanada, y cada uno lleva al hombro la figura del dios, cuyo culto sigue, y cuya preferencia defiende á costa de su vida. Luego que llegán, se forman en varios esquadrones, y empiezan el combate á pedradas; despues echan mano de las saetas, lanzas y alfanges, y se embisten con el furor de enemigos. Por consiguiente, este es el palenque adonde acuden todos los que tienen que vengar alguna injuria particular, logrando su intento baxo la máscara de religion. El campo de batalla queda cubierto de muertos y heridos, sin que la justicia pueda tomar la mano en impedir ó castigar estas muertes.

La tercera secta conocida en el Japon con el nombre de *Siuto*, es la de los Filósofos Moralistas que enseñan, que el supremo bien del hombre consiste en el placer que halla el alma en obrar virtuosamente, y que es preciso ser justo, urbano, buen ciudadano, y conservar su conciencia pura. No admiten mas que un dios, dueño del universo, y sin practicar ningun culto determinado, se reducen á darle gracias por sus beneficios. Siguen la doc-

trina de Confucio , cuya memoria es tan venerada en el Japon como en la China. Honran á sus antepasados como los Letrados Chinos , y tienen la mayor condescendencia con las demas sectas. Esta doctrina tenia antiguamente gran número de partidarios , principalmente entre los sabios y los cortesanos , y hubiera sido la dominante en el Japon á no haber sido introducida la idolatría en aquel pais. Entónces se vieron los Siutistas precisados á ceder al fanatismo que se esparció por todo el Imperio : una secta tan enemiga del entusiasmo no era propia para agradar á aquellos insensatos , que asesinaban á los que no imitaban su frenesí. Aseguran que estos Moralistas gustaron mucho de la doctrina del Christianismo , y contribuyeron con ardor á los rápidos progresos que hizo el Evangelio en el Japon : lo cierto es que esta secta cayó con la Religion Christiana , y se ha obligado á los que la seguian á declararse por alguna de las dos que están autorizadas en el Imperio. Para no ser comprendidos en la persecucion que se suscitó contra el Christianismo , y salvar su vida y haciendas , tuvieron que colocar cada qual en su casa un ídolo del pais. La vista y el culto forzado de estos ídolos, los han ido atrayendo insensiblemente á la idolatría , y esta secta ha perdido casi to-

do su crédito. A mediados del siglo pasado un Señor principal del Japon quiso restablecerla; pero como el culto de los ídolos empezaba á ser despreciado, los Sacerdotes concibieron los mayores recelos de que les faltase su subsistencia. Sus gritos llegaron hasta el trono, y con sus negociaciones volvieron á sepultar el Siutismo en la obscuridad y en el olvido.

El establecimiento del Christianismo en el Japon es la época mas notable de su historia, y su conversion es la parte mas brillante de la predicacion de San Francisco Xavier. Este Santo tuvo la gloria de hacer triunfar la verdadera Religion en un pais tan fanático por sus supersticiones: pero lo mas admirable es, que supliendo el zelo de los nuevos Christianos á la escasez de Misioneros, nuestra religion fuè conocida y abrazada en poco tiempo en algunas provincias, adonde ningun Predicador habia podido penetrar. La Ley de Jesu-Christo fue anunciada en todo el Imperio, á pesar de los esfuerzos de los Bonzos contra una doctrina, que haciendo su profesion inutil y despreciable, los hacia pasar por ignorantes é impostores. Otros muchos motivos se oponian al establecimiento de nuestra Santa Religion y á sus progresos; pero á pesar de todos ellos, los Japoneses, por curiosidad natural, y por el fas-

tidio de las opiniones quiméricas de sus diferentes sectas, se movieron al principio á dar oídos á la doctrina del Christianismo: la paciencia, el desinterés, la virtud de los Predicadores Evangélicos, les hicieron reconocer la falsedad de las acusaciones de los Bónzos. Bien pronto se vió que hasta los Príncipes abrazaron nuestros dogmas: cada dia se hacian conversiones asombrosas: se veia á los niños instruir en la religion á sus padres y familia, Bónzos, que convencidos de la verdad del Evangelio, abjuraban sus errores, y otros muchos milagros de la gracia.

Todos estos progresos no podian ménos de irritar á los Ministros de los ídolos, y practicaron los medios mas perversos para impedirlos. Conmovieron á los Príncipes, inspirándoles terror por los trastornos que acarrearía la mudanza de religion, y lisonjeando sus pasiones, que el Christianismo procura reprimir. Excitaron tambien guerras sanguientas, que se concluian siempre con perjuicio del Christianismo. Por todas partes se veia derramar sangre de Christianos, sediciones, rebeliones, violencias, asesinatos: mil exemplares de heroismo de parte de los nuevos Christianos, que renovaban los primeros siglos de la Iglesia; pero de tiempo en tiempo se veian tambien trayciones, y apostasías.

Se refieren varios motivos de esta persecucion, los quales ponderan mucho algunos escritores. Dicen que un Portugués no quiso ceder el paso á uno de los principales Señores del Japon; que los Jesuitas rehusaron volver á un heredero una casa que les habia dado un Grande del Imperio &c., pero ninguno de estos motivos era suficiente para causar una persecucion tan sangrienta. Lo mas cierto es que los Holandeses, envidiosos de las ganancias que sacaban los Portugueses del comercio del Japon, y deseando hacerlo ellos solos exclusivamente, hicieron al Cubo creer que los Reyes de Portugal y de España intentaban despojarle del Imperio por medio de la Religion Christiana: que esta religion hacia á los hombres cobardes y desobedientes á sus Soberanos, y para prueba de ello, le aconsejó un Holandés que mandase á qualquier Christiano se abriese el vientre, lo que executan los Japoneses con la mayor prontitud á la menor insinuacion del Emperador. En efecto, hizo venir á un Christiano Japonés, mandóle que se abriese el vientre, y él lo rehusó hacer porque lo prohibia la Religion: esto era mas que suficiente para autorizar la calumnia del Holandés. A esto se añadió el fanatismo de los Bonzos; de suerte que éste y la sordida codicia de los Holande-

ses fueron los dos principales resortes para mover las sospechas de un tyrano usurpador, y causar una persecucion tan cruel, sin recurrir á otros motivos de tan poca entidad, aunque tambien no dexarian de contribuir.

La fortaleza de los Christianos irritó mas la severidad del Gobierno, pero lo que mas contribuyó á hacerlos odiosos en este Imperio, fue la calumnia de una conspiracion contra el Monarca que reynaba á la sazón. Atribuyeron este proyecto á un Portugués, al qual quemaron públicamente. Entónces los Japoneses renunciaron á todo comercio con los estrangeros, y el Emperador en una junta general de sus Grandes, dió aquel famoso edicto, que prohibe á todos sus vasallos el salir del reyno sopena de muerte. En los demas artículos se prevenia, que ningun estrangero seria admitido en el Japon, que se echase de todo el Imperio á los Portugueses y Españoles, que todos los Christianos del pais, y los que propagasen su doctrina fuesen puestos en prision, y que se daria un premio considerable al que denunciase á un Sacerdote Católico.

Entónces empezó la persecucion mas terrible que jamas ha padecido la Iglesia de Jesu-Christo: inventaron suplicios atroces, desconocidos de los antiguos persegui-

dores. Permitidme, Señora, que pase en silencio todas sus circunstancias, pues su simple relacion os causaria el mayor horror. Tan bárbara crueldad irritó á los Christianos: cerca de quarenta mil de ellos, viendo que iban á quitarles la vida en el fuego, en cruces, en los tormentos mas horribles, y no pudiendo, á pesar de su sumision, conseguir que los dexasen tranquilos en algun rincon retirado, resolvieron vender bien cara su vida á sus verdugos. Se retiraron á una fortaleza vieja, resueltos á defenderse hasta el extremo: el Soberano los sitió para exterminarlos, y lo consiguió con el auxilio de los Holandeses, que fueron causa de que pereciesen en esta ocasion quarenta mil inocentes, que creian en el mismo Dios que ellos, y que eran perseguidos únicamente por esta creencia. Tan cierto es que el interés sórdido del comercio ha corrompido las costumbres de esta nacion hasta un extremo que causa horror á la humanidad. Desde esta época el Japon quedó cerrado para los Católicos Romanos, y principalmente para los Portugueses. Estos enviaron Embaxadores al Emperador del Japon con una comitiva numerosa para aplacarle; pero al llegar á Nangasaqui, fueron presos y muertos. Algunos Misioneros han intentado en varios tiempos introducirse en este pais, pero con

muy poco suceso, porque están tan bien guardadas las entradas, que es casi imposible penetrar. Los pocos, que con muchas dificultades se han introducido, han perecido allí de varios modos.

El servicio odioso que hicieron en esta ocasion los Holandeses al Emperador del Japon, les ha valido el permiso exclusivo de entrar en este pais. Pero ¿con cuántos abatimientos y ultrages pagan esta prerogativa? Estos Soberanos de Batavia y de las Molucas se dexan tratar en el Japon como los mas viles esclavos, y sufren todos los insultos que se les antoja á los Japoneses. Les ponen guardia de vista, y los espian como reos: en los primeros tiempos les hacian jurar quando llegaban al Japon, que no eran del pais ni de la religion de los Portugueses, y hay quien afirma que los obligan al *Jesumi*.

Debo explicaros aquí, Señora, lo que es el *Jesumi*, ceremonia exécrable, inventada por los Japoneses para acabar de destruir la Religion Christiana en su Imperio: he aquí en lo que consiste esta práctica sacrílega. En los lugares en donde presumen que hay todavía Christianos, hacen todos los años una lista exácta de todos los habitantes: los Comisarios de los barrios van de casa en casa, acompañados de dos hombres que llevan un Crucifixo

y una imagen de la Santísima Virgen. Hacen venir á todas las personas de la casa, y las obligan à ir pisando estas santas imágenes, sin que nadie pueda dispensarse de esta ceremonia sacrílega. Luego que han recorrido todos los barrios, los mismos Comisarios hacen el Jèsumi, y sellan el proceso de toda esta expedicion. Los Holandeses dicen que sus comerciantes no están sujetos á esta abominable profanacion.



CARTA LXVIII.

Continuacion del Japon.

Estamos para partir de Nangasaqui para Jedo, y no me queda tiempo mas que para enviaros lo restante de mis conversaciones con los Japoneses. Creo, les dixé, que dais mucha antigüedad á vuestro Imperio: en Europa creemos que sois una colonia de la China; y no atribuyéndose los Chinos mas razonables una antigüedad que pase de quatro ó cinco mil años, ¿cómo es que vosotros llenais vuestra cronología de tan prodigioso número de siglos? „Esto consistió, me respondió uno de ellos, en que nosotros tenemos nuestras quimeras como todos los pueblos del mundo; pero nosotros tenemos tambien, como los Chinos, escritores sensatos que señalan el reynado de Sin-Mú por la primera época cierta de nuestra historia. Este Príncipe fundó nuestra Monarquía dos mil y quinientos años hace, esto es, casi por los mismos tiempos en que vuestro Rómulo puso los primeros fundamentos del Imperio Romano. No me preguntes ninguna particularidad sobre esto, porque nuestros anales

se reducen á tablas cronológicas, que no contienen mas que los nombres y la genealogía de nuestros Emperadores. A la verdad, en ellas está señalado con bastante exâctitud el principio y el fin de sus reynados, pero es muy poco lo que dicen de su vida y gobierno. Los Historiadores que nos hacen descender de la China, cuentan sobre esto un suceso harto singular. Dicen que un Emperador de la China, deseoso de prolongar su vida, y encaprichado con los secretos de la piedra filosofal, creyó que no era imposible inventar una bebida que le hiciese inmortal. Comunicó esta idea con su médico; éste le advirtió que los simples propios para componer aquel breverage, se hallaban en algunas de las islas vecinas; pero que estas plantas debian ser cogidas por manos puras é inocentes, pues de otra manera no tendrían virtud. Añadió, que era preciso enviar á esta empresa trescientos muchachos, y otras tantas doncellas de costumbres puras; que habian de ser de tierna edad, pero de bastante robustez para aguantar las fatigas del viage. El Emperador aprobó este pensamiento, y encargó al médico que él mismo conduxese aquella colonia. Llegaron con felicidad al Japon, pero en vez de ocuparse en buscar los pretendidos simples, se establecieron en una

de estas islas. Es probable que escogerian la de Niphon, como la mas considerable, y que poblarian desde luego la Provincia de Isje, que tenemos por la cuna de nuestros progenitores. Por esta causa hacemos freqüentes peregrinaciones á esta provincia, así como los Mahometanos van á la Meca.

„Lo que mas admiran los Holandeses en nuestra historia, es que desde Sin-Mú, nuestro primer Monarca, hasta el Príncipe que reyna actualmente, esto es, por espacio de dos mil y quinientos años, el Imperio no ha salido de una misma familia. Nos aseguran, que habiendo corrido todas las naciones del universo, no han encontrado en ningun pueblo otro exemplo de igual sucesion. Es verdad que nuestros Reyes se han dexado despojar de una parte de su autoridad; pero los descendientes de Sin-Mú han conservado siempre el título de Emperadores, con un poder absulto en materias de religion. Despues de la revolucion, que dió un nuevo Señor á este Imperio, nuestra Monarquía es gobernada por dos Soberanos, uno Eclesiástico, que no hace nada, llamado *Dairi*; el otro Seglar, que lo hace todo, llamado *Cubo*: he aquí lo que causó la desunion de estos dos poderes.

Despues de haber gobernado el Japon

con una potestad ilimitada en lo espiritual y temporal, los sucesores de Sin-Mú, mas aficionados á las dulces prerogativas del Sacerdocio, que codiciosos de los derechos penosos de la Soberanía Real, dividieron el Imperio en varios Gobiernos, y confiaron su administracion á diferentes Señores. (1) Estos Gobernadores se fueron dispensando poco á poco de la obediencia que debian á su Príncipe, se apropiaron la Soberanía, y formaron una liga entre sí para la comun defensa. Bien pronto se hicieron guerra unos contra otros, y despedazaron el Reyno con sus divisiones. Para restablecer la tranquilidad en sus estados, el Emperador que reynaba á la sazón, dió el mando de sus exércitos á uno de sus Grandes: éste no se cuidó de restablecer la autoridad legítima, sino de elevarse á la suprema dignidad. Luego que hubo sojuzgado á los enemigos de su Soberano, reunió en su persona todo el poder que ellos habian tenido dividido, y quitó al Dairi el entender en los negocios políticos.

„El tyrano que estableció el sistema ac-

(1) Esta primera mudanza que hicieron los Dairis en la forma de gobierno, sucedió hácia el siglo 11 de la Era Christiana; y de esta mala política resultó que el Japon tuvo tantos tyranos como Gobernadores.

tual de gobierno en el Japon, fue Taycosama, que de soldado llegó á ser General, y de aquí se alzó con el poder Soberano. Derrotó y exterminó á los demas Grandes que le disputaron el Imperio, y despojó al Dairi de la Soberanía. Estableció su tyranía con leyes atroces, de que no hay exemplar en ningun pueblo del mundo. Este cruel tyrano fue el primer perseguidor de los Christianos, á lo qual le induxo su infame política, fomentada por las calumnias de los Holandeses y Bonzos. Contribuyó tambien mucho para este odio contra el Christianismo el haber sido Christiano uno de los mas principales Gobernadores que le resistió, y faltó poco para que le impidiese erigirse en déspota del Japon.

„Réconocemos, pues, aquí dos Emperadores; el primero goza en la realidad de toda la autoridad Soberana; el segundo de todos los respetos. Como se ha continuado incensándole, y nada le queda de la Soberanía sino este vano aparato, ha tenido que darse por contento. No ha sido derribado del trono; pero ha cesado de reynar. Vé con una insensibilidad que se ha fixado con la costumbre y necesidad, otro trono delante del suyo, ménos idolatrado en lo exterior, pero en donde reside todo el poder. Una de las prerogativas de este Monarca espiritual

es instalar y confirmar al Cubo á cada mutacion de Rey. Hace el nombramiento para todas las dignidades de religion, y recibe los obsequios del Cubo, que cada cinco años le hace una visita solemne, como un vasallo á su Soberano, al mismo tiempo que le tiene en un verdadero cautiverio.

No hay cosa mas magestuosa y costosa que estas visitas. El Cubo tiene su residencia en la capital, y el Dairi en la santa ciudad de Meaco, distante de Jedo como unas sesenta leguas. Se emplea todo un año en los preparativos de este viage: ademas de una infinidad de grandes ciudades capaces de dar alojamiento á toda la comitiva del Cubo, hacen construir en el camino veinte y ocho casas magníficas á igual distancia unas de otras, en cada una de las quales el Cubo halla una nueva corte, nuevos oficiales y soldados, y todo lo necesario para la comitiva de un Emperador poderoso que vá á rendir homenaje con un ejército á un hombre, que en la realidad es vasallo suyo. Todas estas diferentes escoltas se reunen en Meaco, y componen un ejército tan considerable, que es preciso plantar tiendas de campaña en las calles, en las plazas, y aun fuera de la ciudad para alojar á los soldados. El Cubo se presenta al Dairi con este aparato de grandeza, y le hace exteriormente algu-

nos homenajes, mas gloriosos para el vasallo formidable que los ofrece, que para el Monarca impotente que los recibe. Para dar mas pompa á esta ceremonia, los dos Príncipes juntan sus comitivas, y atraviesan de este modo la ciudad santa: todas las calles por donde han de pasar están cubiertas de arena blanca, y de talco pulverizado, que forman un camino llano y plateado. Junto á las casas en toda la longitud de las calles construyen balaustradas para colocar en ellas dos filas de guardias. La fiesta comienza ántes de amanecer: primeramente desfilan los criados de ambos Soberanos con los regalos que deben hacerse uno á otro, y van escoltados por algunas compañías de soldados. Despues vienen magníficas sillas de manos, adornadas de festones, conducidas cada una por quatro hombres vestidos de blanco, precedidos de otro que lleva un soberbio parasol, ocupadas por Señores y Señoras de calidad. Tras ellos sigue una numerosa cabalgada, llevando cada caballo dos criados á la brida, y otro lleva un parasol: á cada ginete acompañan ocho criados. Despues aparecen tres carrozas, cuya brillantez y riqueza exceden á todo lo mas soberbio que se ha visto en este género: el oro y la pedrería que las cubre por todas partes, deslumbran la vista. Van tira-

das de toros negros, y cada tóro es conducido por quatro hombres: en estas carrozas van las mugeres del Dairi, y las siguen otras veinte y tres para las concubinas y criadas. Otra cabalgada de setenta y dos caballos marcha de dos en dos, precedida de una tropa de Señores de la primera calidad. Despues se vé la carroza del Cubo, mas soberbia que las tres de que he hablado: la siguen los Príncipes de su sangre, hijos, hermanos (si los tiene), y quatrocientos soldados bien armados y vestidos, que cierran la comitiva de este Monarca. Inmediatamente detras viene una infinidad de carrozas y sillas de manos escoltadas por gran multitud de nobles y gente de á pie y á caballo, con músicos que aturden con el estruendo de sus voces é instrumentos. El palanquin del Dairi aparece despues, conducido por cinquenta caballeros, y rodeado de sus guardias: todo lo mas precioso de la naturaleza y el arte se halla reunido en este magnífico palanquin. De este modo llegan al palacio donde el Dairi es servido por espacio de tres dias por el Cubo y sus hijos: ellos mismos le guisan la comida, y despues de haberle hecho magníficos regalos, se despiden de él con todas las demostraciones del mayor respeto.

»Nada iguala á la singular veneracion

que todos tenemos á la persona sagrada de este Monarca espiritual. Le consideramos como á un Dios, á quien la tierra no es digna de poseer, ni el sol de alumbrarle: profanaria su santidad si sus pies tocasen al suelo, ó se expusiese al ayre abierto. Unos hombres vestidos de blanco le llevan en hombros, y apenas se digna de favorecer con sus miradas á los que le rodean. En fin, es tal la santidad de su persona, que no debe dexarse cortar el cabello, la barba ni las uñas, y así es preciso aguardar á que esté durmiendo para cortárselas sin que lo advierta. Cada dia se le sirve en baxilla nueva, y la rompen inmediatamente que acaba de comer, para que no cayga en manos de los legos, porque creemos que se le hincharia el cuello al que se atreviese á usarla. Lo mismo sucede con sus vestidos; el que se pusiese alguno de ellos, al punto quedaria castigado con una hinchazon dolorosa de todos sus miembros.

„En la habitacion de este Príncipe hay trescientos sesenta y seis ídolos, que por su turno hacen la centinela al rededor de su cama: si duerme mal, se dá de palos al ídolo que ha estado de guardia, y se le arroja de palacio por cien dias. En fin, el Dairi es tan venerado entre nosotros, que el pueblo tiene por sagrada el agua con que le laban los pies, la qual se recoge

y guarda, sin atreverse á emplearla en usos profanos.

„La dignidad de este Príncipe es hereditaria, y segun el curso ordinario, pertenece al primogénito. A falta de varones suceden las hembras, y aun ha habido ocasiones en que las hembras han obtenido este trono. Quando acaece alguna altercacion sobre la sucesion á esta dignidad, los Sacerdotes son los que deciden: á veces el padre la renuncia sucesivamente en varios de sus hijos, para que sus madres tengan el consuelo de verlos revestidos de este supremo poder. Estas renunciaciones se executan con el secreto mas profundo: un Dairi hace demision de su empleo, ó muere, sin que nadie tenga la menor noticia: aun la Corte de Jedo lo ignora, hasta que el sucesor ha sido instalado.

El Cubo cede al Dairi para su subsistencia las rentas de la ciudad y territorio de Meaco con algunas otras pensiones: pero el Dairi saca aun mayor ganancia del privilegio que tiene de conferir y vender los títulos de honor, no solamente á los particulares sino tambien al mismo Cubo, que le ha dexado esta prerogativa de la soberanía. La mayor parte de las riquezas que saca el Dairi de la distribucion de estos títulos, se emplea en sostener la pompa de este Monarca titular, porque es máxîma de

esta Corte el infundir respeto con semejantes demostraciones de esplendor, ocultando su pobreza baxo la máscara de la magnificencia, y supliendo con el fausto la verdadera grandeza que le falta. Esta pompa brilla especialmente en todo lo que tiene relación con la persona del Dairi: sus casamientos, el nacimiento y la educación del Príncipe hereditario &c. van acompañados de un magnífico aparato. Quando se ha de elegir nodriza para el Príncipe, juntan ochenta mugeres de las mas hermosas del reyno, y las presentan á la madre, á las mugeres, y á los nueve parientes mas cercanos del Dairi: las obsequian por espacio de un dia, y las dan títulos honoríficos, que conservan por toda su vida. Al dia siguiente desechan la mitad de este número, despidiéndolas con ricos regalos. Al tercer dia aumentan los títulos honoríficos á las quarenta que han quedado, y de ellas escogen diez, las quales últimamente se reducen á tres, despachando á las otras colmadas de dones. Al cabo de algunos dias escogen una de las tres, á la qual dan la dignidad de nodriza del Príncipe con otros muchos títulos de honor. Para dar la posesion de este empleo, la introducen en el quarto del Príncipe, al qual tiene en brazos una de las primeras Señoras de palacio, que le alimenta los primeros dias despues de na-

cido: echan un poco de leche en la boca del niño, y despues le ponen en los brazos de la nodriza.

„El Dairi, siguiendo la costumbre de sus predecesores, se casa ordinariamente con doce muger pero una sola tiene el título de Emperatriz, y ésta es siempre la madre del Príncipe heredero. Vive en el mismo quarto que su marido, y las demas habitan en los palacios cercanos. Cada una de ellas dispone todos los dias un banquete magnifico en su habitacion, adonde hace venir músicos y danzarinas; y luego que el Dairi declara en que parage quiere comer y pasar la noche, reunen todas estas comidas, juegos y diversiones en el palacio de la esposa, adonde debe ir el Monarca.

„La comitiva del Dairi es muy numerosa, aunque escasa la renta que da á sus palaciegos, pero la esperanza de lograr alguna de las muchas rentas que tiene facultad de repartir, atrae á muchos á su servicio. El estudio de las ciencias es la principal ocupacion de los Señores de su Corte, la qual se compone únicamente de gentes destinadas al Sacerdocio, que se creen descendientes de nuestros dioses. Este origen infunde una vanidad intolerable en esta canalla, que desprecia altamente á los demas, aunque se abate á mendigar sus socorros. Los mas principales de estos viven á esta age-

na, y los inferiores se abaten á los oficios mas viles para poder mantenerse. De esta clase de descendientes de los dioses salen los superiores de los Bonzos, que se reparten por las provincias: hacen llevar delante de sí dos alfanges, y se portan con tanto fausto y orgullo, como si ocupasen los primeros empleos del reyno. Se abstienen de toda comunicacion con el pueblo, y ocultan su ignorancia baxo el aspecto de reserva y circunspeccion. Los superiores generales de los Bonzos deben residir en Meaco, porque esta ciudad es considerada entre nosotros como un Santuario. Pero á pesar de su gran poder, los Bonzos están sujetos á la autoridad del Cubo en los asuntos civiles, y sus delitos capitales son castigados con pena de muerte, aunque no tan rigurosa como la de los legos.

„Todos los palaciegos del Dairi y los demas Bonzos toman el título de Señores: el trage propio de su estado se compone de unos calzones anchos y una bata con cola larga: su gorro es negro, y su forma es diferente segun la dignidad de las personas, y así se reconoce por el vestido el grado que cada uno de ellos ocupa en la Corte. Las mugeres tienen tambien un trage particular, que las distingue de las demas.”

Despues de haberme instruido en todo lo perteneciente á la Corte del Dairi, me

preguntó nuestro Japon: „¿qué concepto tienes ahora de mí? Bien sabes que nuestra reserva con los extranjeros debe ser extremada, y que nos obligamos con juramento á guardar con ellos un secreto inviolable en materias de política y de religion. No quisiera, pues, que tu desprecio fuese igual á mi confianza, por lo qual voy á explicarte la naturaleza de este juramento. Por mi parte fue involuntario, y yo no adoro ni respeto á los dioses ó espíritus á quienes puse por testigos de mi promesa. Este es el modo de pensar de la mayor parte de mis compatriotas sobre esta especie de obligacion: el temor del castigo es el único motivo que los detiene. Por otra parte, nosotros gustamos del trato y familiaridad con los Europeos, y no tenemos menos deseo de saber su historia, que vosotros la nuestra.

Despues de esta confesion ingenua le hice varias preguntas sobre el gobierno del Japon, y sobre la Corte del Emperador seglar, en donde mi buen amigo habia residido algun tiempo. „Ya te he insinuado, me dixo, en qué consiste el poder del Cubo, que se distingue del Emperador de la China, en que este es juntamente Rey y Supremo Sacerdote de su nacion. El nuestro, como ya he dicho, no tiene mas poder que el temporal, pero su autoridad es absoluta y des-



pótica, empleando á un mismo tiempo la política y la fuerza para sostener un trono que le debe su establecimiento y conservación. Los Príncipes y Magistrados del Reyno dependen de este Caudillo del Estado en tanto extremo, que puede, sin mas motivo que su capricho, desterrarlos, confiscarles sus bienes, despojarlos de sus empleos, y quitarles la vida. Este Monarca reside en Jedo, rodeado de innumerables Cortesanos, y de los principales Señores del Imperio: unos están empleados en servir á su persona, otros vienen de tiempo en tiempo á rendirle homenaje, pues hay una ley inviolable que los obliga á residir en la Corte á lo ménos por seis meses al año. Antes de que lleguen á Jedo, registran su ~~bagage~~ ~~una~~ Comisarios Imperiales, que tienen orden rigurosa de no permitir se introduzcan armas en la capital. El Emperador se esmera en exercitar continuamente su obediencia y sumision: les cercena los estados para debilitarlos, y hace las bodas de todos los individuos de su Corte. Las mugeres que los Cortesanos reciben de su mano, son tratadas con mucha distincion: las construyen palacios, y las señalan una familia numerosa de criados y criadas para que las sirvan. Estas criadas que son de las principales casas del Reyno, se obligan á servir por cierto número de años,

y despues las casan tambien segun su calidad.

„La guardia del Cubo se compone de cerca de seis mil hombres : su ejército en tiempo de paz , ascenderá á cien mil infantes , y veinte mil caballos. En tiempo de guerra , cada Señor le suministra cierto número de soldados , proporcionados á su renta , y entónces el ejército se compone de mas de trescientos mil hombres. Esto es mas que suficiente para hacerse respetar un Príncipe , que solo trata de contener á sus vasallos en la obediencia , y que no piensa en conquistar. Estas tropas están bien vestidas y armadas : los de á caballo llevan un dardo , una carabina , un alfange , y un arco ; los de á pie dos alfanges , una pica , y un fusil. Cada cinco soldados tienen un cabo que los manda , y cada treinta un Oficial superior : doscientos y cinquenta soldados forman una compañía , y cada una de éstas es gobernada por dos Capitanes y un Oficial general.

„Para contener al Pueblo y á los Grandes en su deber , el Emperador tiene en todas las ciudades principales fuertes ciudadelas , cuyos Comandantes deben ser de una fidelidad experimentada. Mantiene por todo el reyno espías que le avisan de todo lo que pasa. Con pretexto de honrar

á los Grandes, los obliga á que traygan á todos sus hijos varones á criarlos en la Corte á vista del Monarca, el qual los guarda como prendas de la fidelidad de sus padres. No se permite que estos Señores formen entre sí enlaces estrechos, ni que se hagan freqüentes visitas, y mucho ménos se dá lugar á que con sus riquezas y poder causen recelos al Soberano. El Emperador, para empobrecerlos, suele ir á vivir por algunos dias en sus palacios, y los gastos enormes á que obliga este favor extraordinario, apuran en breve tiempo los tesoros del favorecido. Qualquier Grande que construye un palacio, debe hacer en él dos puertas, una para el uso ordinario, y otra mas grande y mas adornada para solo el Monarca quando se digne visitarle. Este favor se anuncia tres años ántes, y todo este intervalo se emplea en hacer los preparativos: todo lo que ha de servir en esta ocasion, debe estar marcado con las armas del Emperador. En fin, quando este Príncipe forma alguna empresa considerable, la encarga á una porcion de estos Grandes, los quales están obligados á ejecutarla á su costa.

„La Corona temporal del Cubo es hereditaria como la del Dairi, y las rentas del Cubo consisten en las tierras propias de este Monarca, que son casi la mitad del Ja-

pon, y en los derechos que se cobran en su nombre sobre el comercio extranjero y las minas. Se cobran muy pocos impuestos de los habitantes de las ciudades, y éstos solamente recaen sobre los propietarios de las casas, siendo proporcionados á la extension del terreno que ocupa cada dueño. Solamente la Ciudad de Meaco está esenta de todo tributo: todos los años se paga un impuesto en todo el reyno, del trigo, arroz, y todas las producciones de las tierras cultivadas.

„El Cubo tiene baxo su mando varios Príncipes subalternos que gobiernan sus provincias, y á quienes conserva el título y pompa de la Soberanía; pero éstos son unos Reyes de teatro, que viven en la mayor dependencia, y están expuestos á los caprichos del Monarca. Por lo que ocupan un lugar muy distinguido en el Estado, y muchos de ellos tienen dominios muy extensos. Administran la justicia, y mandan las tropas en sus provincias; pero deben venir todos los años á Jedo á dar cuenta de su gobierno.

„El gasto anual del Monarca en su Corte, rentas y gages de sus criados y oficiales, asciende á mas de trescientos millones de reales. Dan á este Príncipe el título de Emperador, porque dependen de él como vasallos todos los Señores del Ja-

pon, entre los cuales, como he dicho, hay algunos que tienen el título de Rey. Quando sale de su palacio hace que le acompañen estos Reyezuelos, y otros Señores, que para complacerle, aprenden algunas habilidades útiles ó propias para su diversion: unos aprenden música y poesía, otros medicina, ó la pintura. Detras sigue una tropa de jóvenes escogidos de la nobleza mas distinguida: precede al carro del Monarca gran número de sus guardias, y lo restante de esta tropa vá detras. Esta marcha se executa con tanta gravedad y buen orden, que no se oye una palabra en todo el concurso. Las calles están barridas y cubiertas de arena, y las puertas de las casas abiertas, sin que nadie se asome á ellas ni á las ventanas; y si alguno se descubre, las guardias le obligan á ponerse de rodillas hasta que haya pasado el Rey.

„El Imperio del Japon está dividido en seiscientos ó setecientos Señoríos, poseidos por los principales del Estado. Estos Señores administran justicia en sus gobiernos baxo la autoridad del Emperador, y vienen todos los años á pasar seis meses en la Corte, como ya he dicho, recurso sagaz de la política de este déspota para tenerlos esclavizados.

„El Cubo tiene noticia individual de todo lo que hacen estos Gobernadores, por

medio de una persona que les asocia con pretexto de que se asesoren con ella, pero en la realidad para que sirva de espia. Quando les envia este asesor, les escribe una carta concebida en estos términos: „Sé que tienes muchas tierras y gran número de vasallos, y por consiguiente necesitas de un sugeto que cuide de tus negocios. La persona que te entregará esta carta, podrá aliviarte en esto; sírvete de ella, y estima el cuidado que de tí tengo: yo salgo por responsable de su fidelidad.” Estos espías son personas que han servido al Emperador desde su juventud, de cuyo talento y fidelidad está bien asegurado. Además de las pruebas que pueden haberle dado de su fidelidad durante el tiempo de su servicio, se asegura por una escritura que le hacen firmada con su sangre. Por medio de éstos sabe el Emperador todo lo que pasa: forman un diario muy puntual de lo que observan en la conducta de los Grandes, y éstos nada emprenden sin su consejo é intervencion. Por esta razon estos hombres tienen la mayor autoridad en las provincias, y mucho valimiento con los Señores á quienes espian, porque necesitan de su valimiento para mantenerse en la gracia del Soberano.

„Las Ciudades Imperiales que son del Señorío inmediato del Emperador, como Je-

do, Osaka, Sacai, Nangasaqui &c., son gobernadas por unos Ministros que el Emperador envia. Hay dos en cada ciudad, y á veces tres en Nangasaqui, por causa de la importancia de esta ciudad, siempre llena de extranjeros. Estos Gobernadores mandan por su turno, y mientras que el uno está en el ejercicio de su gobierno, el otro tiene su residencia en la capital hasta que recibe la orden de ir á relevar á su compañero, con quien mantiene una correspondencia seguida. Dá parte á los Ministros de los asuntos de gravedad que deben tratarse en el Consejo, les dá cuenta de su gobierno, y procura grangearse su proteccion con regalos. Durante todo el tiempo que un Gobernador esté exerciendo su empleo, le está prohibido con las penas ~~mas graves~~ el recibir á ninguna muger en su palacio, ni aun á su esposa, la qual debe quedarse en la Corte con sus hijos, para ser responsable de la fidelidad de su marido. Las rentas fixas de estos Gobernadores son poco considerables, pero las utilidades eventuales le recompensan abundantemente. En pocos años adquieren grandes tesoros, pero tienen que repartirlos con el Soberano y sus Ministros. Su familia se compone de gran número de dependientes, que son casi todos de clase distinguida, y cada uno de ellos debe tener varios cria-

dos que le sirvan. La puerta del palacio está siempre guardada por cinco ó seis hombres armados de un alfange y un baston: la cierran á las quatro de la tarde, y no se abre sin órden expresa. Hay otros guardias en lo interior del palacio, encargados de escribir los nombres de todas las personas que entran, y esta lista se presenta todas las noches al Gobernador. El poder de éste es absoluto, y de él dependen todos los negocios: el comercio, la justicia, la guerra, todo vá á parar á su Tribunal; pero tienen tambien sus espías asociados como asesores, para que no abusen de su autoridad.

„La policia de las ciudades pertenece tambien á los Gobernadores, pero como no pueden ejercerla por sí mismos en toda su extension, tienen varios subalternos que le descuidan en esta parte. Los llamamos *ancianos*, porque en efecto antiguamente se escogian para este fin los vecinos de mas edad, pero al presente estos empleos se dan comunmente á jóvenes. Estos tienen sus Tenientes, cuyos empleos son vitalicios, y otros subalternos que se mudan todos los años. Su principal obligacion es dar todos los dias al Gobernador cuenta puntual de todo lo que pasa en la ciudad, y presentarle los memoriales y querellas de los pretendientes, porque no á todos se

permite hablarle, y solo éstos que saben el respeto que se le debe, son los que tienen derecho para presentársele. Hay en cada calle un Comisario que cuida de que se haga la guardia por la noche, y de que se ejecuten puntualmente las órdenes de la Policía. Es elegido por los principales de cada calle; pero su eleccion debe ser confirmada por el Gobernador. Como el pueblo juzga de la autoridad de un empleo por el aparato del que le obtiene, de aquí es que estos ministros inferiores procuran dar mucha pompa á su dignidad con un exterior magnífico, que sirve de velo para encubrir su pobreza.

„Ademas del Comisario de que he hablado, hay en cada calle un Escribano, cuyo oficio es dar los pasaportes y certificaciones de vida y costumbres, tener una lista exácta de todos los habitantes de la calle, de las personas que viajan ó mudan de domicilio, de los que nacen y mueren, con qué disposicion han muerto, de qué religion eran, &c

„Hay en Nangasaqui otra especie de ministros, que llaman *los mensageros de la ciudad*, y que al mismo tiempo sirven de alguaciles. Forman una compañía considerable, compuesta de cerca de treinta familias, que de tiempo inmemorial están en posesion de este empleo. Estos son unos

hombres muy sagaces y diestros, á quienes á veces se encarga la execucion de los suplicios, principalmente si es cortar cabezas. El oficio de estos alguaciles, aunque baxo y despreciable segun vuestras ideas en Europa, es aquí considerado como un empleo militar y noble, por lo que pueden llevar espada como la nobleza."

Nuestro Japonés se hubiera detenido en otras particularidades de la policia de las ciudades, pero como se acercaba la noche, hube de retirarme al quartel de los Holandeses, adonde es preciso recogerse ántes de anocheecer. Esta retirada forzosa nos trae á lo ménos la utilidad de librarnos por la noche del estruendo horrible, que resuena continuamente en esta ciudad tumultuosa. Todo lo que se vende en Nangasaqui, se publica á gritos por las calles: los obreros y artesanos están siempre cantando en tono sumamente despreciable: los marineros gritan aun mas descompasadamente: los soldados de la guardia tienen su modo peculiar de gritar para mostrar su vigilancia, y despiertan á todos para hacerles ver que ellos no duermen; de suerte que toda la ciudad está en un grito continuo. Otros guardias, para señalar las horas, tienen unos grandes pedazos de madera huecos, que golpean uno con otro, y se oyen á larga distan-

cia. Los Chinos contribuyen tambien á aumentar este estruendo con sus tambores y otros instrumentos con que aturden toda la ciudad, principalmente por la noche quando sacan en procesion sus ídolos al rededor de los templos, y enciende en su honor pedazos de papel, que arrojan al mar. Pero todo esto es nada en comparacion de los gritos que dan los Sacerdotes y los parientes de los que están en la agonía, y de los que han muerto en ciertos dias consagrados á celebrar la memoria de sus difuntos. Todos estos ruidos reunidos hacen á Nangasaqui una de las ciudades mas incómodas del mundo.

CARTA LXIX.

Continuacion del Japon.

Deseo, Señora, que la descripción de un país tan ameno como el Japon os cause tanto placer como á mí el haberle visitado. Voy á pintaros estas islas famosas, llenas de populosas ciudades, donde reyna una admirable policia. Se ven aquí casas sumamente aseadas y cómodas, jardines deliciosos, puentes magníficos, caminos muy llanos, que parecen paseos, y en ellos señaladas las distancias como en los de las cercanías de nuestra Corte. Junto á los caminos se encuentran posadas muy bien provistas, y hasta en medio de los bosques se ven hosterías muy deliciosas en donde se halla todo lo necesario para el regalo y comodidades de la vida. He aquí, Señora, un compendio de todo lo que me ha encantado en mi viage á Jedo: vamos ahora por partes, empezando por los caminos.

Los principales caminos son tan anchos, que dos tropas de caminantes, por numerosas que sean, pueden pasar juntas sin embarazarse. La tropa que sube,

esto es, en el lenguaje del pais, la que vá hácia Meaco, toma la izquierda, y la que baxa, la derecha. Hay á cada lado una fila de pinos muy recta, que hacen estos caminos no ménos agradables que cómodos, mayormente en tiempo de los grandes calores. A cada lado hay un foso para el desagüe en tiempo de lluvias; y los habitantes de los pueblos inmediatos están encargados de limpiarlos y conservarlos. Pero no creais que este trabajo les es gravoso, ántes bien sacan la mayor utilidad de todo lo que ensucia y embaraza los caminos: las ramas que caen de los árboles, les sirven de leña, y con el estiercol benefician sus tierras.

Todos los caminos Reales están divididos en millas geométricas, que comienzan desde el puente de Jedo, como centro comun de todo el Imperio, por cuyo medio se sabe á qué distancia se halla uno de la capital. Las millas están señaladas con dos montones de piedra y tierra, uno enfrente de otro, con árboles plantados en la cima. En la extremidad de cada territorio se encuentra una pilastra, que indica á qué Señor pertenece aquel pais, y quáles son sus límites. En los caminos de travesía hay tambien sus inscripciones para guiar á los caminantes, y estos caminos particulares tienen el nombre de la provin-

cia adonde conducen. Los caminos principales están siempre cubiertos de gran multitud de pasajeros, mercaderes, peregrinos y mendigos. Los mendigos de ambos sexos están alistados en ciertas cofradías: unos de ellos enfermos, y otros sanos y robustos, piden limosna cantando, gritando, tocando instrumentos, y haciendo varias habilidades. Este tropel se aumenta con una gran porcion de muchachos que corren tras los pasajeros ofreciéndoles frutas, cordeles, correas, y otras varias cosas de que pueden necesitar. Se encuentra tambien gran cantidad de hombres á caballo, que llevan en la cabeza un gran sombrero de paja, y una gran capa de papel barnizado, que cubre enteramente al ginete, la maleta y el caballo. El ginete no toca á la brida, la qual lleva un criado del diestro, y vá siempre cantando. Quando ha de pasar un Grande, se cuida de limpiar el camino, y de cubrirle de arena. De distancia en distancia hay cuebas cubiertas de ramos destinadas para las personas de calidad, que son las únicas que pueden entrar en ellas. Quando éstos van á la Corte, caminan con una pompa extraordinaria: su comitiva es á veces tan numerosa, que ocupa un espacio de algunas leguas, y las ciudades mas populosas apenas bastan para su alojamiento, por lo que las

reparten por las aldeas cercanas. Algunas semanas ántes de pasar, envian ministros á todos los parages en que han de detenerse, y fixan sobre unos maderos altos unas láminas, que expresan el tiempo de su man-sion. Es cosa muy curiosa ver el gran número de criados, pages, ministros y bagages de estas comitivas: unos llevan armas y picas guarnecidas de plumas y otros adornos; otros llevan maletas cubiertas con reposteros, en que están bordadas las armas del Señor, y en que se encierra la parte mas preciosa de su equipage. El Grande camina sobre un soberbio palanquin, en hombros de quatro ó mas personas ricamente vestidas, relevándolos otros muchos que van al rededor del palanquin. Dos nobles van á los lados para dar al Señor lo que necesite, ó para sostenerle quando sube ó baxa: otro lleva un parasol, y todos caminan en silencio, y con el mayor orden. A excepcion de los criados, que llevan su vestido de librea, todos los demas van vestidos de negro, y este color junto con la gravedad de su porte, dá á esta marcha un aspecto magestuoso. Pero quando entran en alguna ciudad, ó encuentran á otro Príncipe, muda de aspecto toda la comitiva: los criados de librea, los pages, y los ganapanes, empiezan una danza grotesca, acompañada de gesticula-

ciones ridículas, lo qual se tiene por una especie de urbanidad obsequiosa. A cada paso levantan un pie hácia atras lo mas alto que pueden, inclinando el cuerpo, y extendiendo los brazos hácia adelante en la actitud de nadar, menean á un lado y otro la cabeza, agitan las manos, las picas, &c.

Hay en el Japon, como he dicho, postas arregladas, en las que cada caballo tiene su tarifa segun la distancia, el precio del forrage, la calidad de los caminos, el tamaño de las maletas y el peso de los fardos. Estas postas son propias de los Señores del distrito, y en ellas hay varias oficinas llenas de gente. Unos escriben todo lo que sucede cada dia: otros están encargados de las cartas y edictos del Emperador: los mensageros las llevan atadas á la punta de un baston al hombro, y van acompañados de otros postillones para encargarse de las cartas, si al mensagero le sucede alguna desgracia que le impida proseguir. Todos los caminantes, sin excepcion de clases ni estados, deben cederles el paso, y se les conoce por una campanilla que llevan, que se oye desde léjos. En las casas de posta se hallan no solamente caballos, sino tambien sillas de mano, y mozos para llevarlas: estas sillas, que van sostenidas por dos, quatro, ú ocho

hombres, son quadradas, algo prolongadas y bastante capaces, de suerte que un hombre puede ir sentado ó tendido comodamente. Están cerradas con un enrejado de cañas de bambú; á cada lado hay una portezuela, y una ventanilla detras y otra delante. Los Japoneses viajan mas comunmente á caballo, y no llevan las piernas colgando como nosotros, pues las cruzan sobre el lomo, ó las extienden por el cuello del animal. Una de las cosas que mas estrañan los estrangeros en estos caminos es ver á los criados, y principalmente á los silleteros sin calzones, y con la ropa arremangada hasta la cintura, sin ningun respeto al pudor.

Se acostumbra en el Japon, quando se viaja, llevar un abanico, en donde están señalados los caminos principales, las distancias de los lugares, las posadas, el precio de los víveres &c. Hay gran número de posadas, principalmente en los lugares en que se halla establecida la posta: en la mayor parte de ellas hay un jardin, y tienen muchas ventanas cubiertas de celosías. Luego que todos los huespedes se han levantado de la cama, quitan las mamparas que dividen los quartos para que los ventile el ayre. Todo lo interior está blanqueado y barnizado con primor: no hay posada alguna que no tenga sus baños, y

se sirve en ellos con tanto esmero como á un Señor en su palacio. Los Japoneses se bañan todos los dias por causa de la limpieza y de la salud: las letrinas, que son muy aseadas, están en lo mas retirado de la casa al fin del corral, y á la puerta hay una pila con agua para labarse. El portal de las posadas es ordinariamente obscuro, y está poco limpio, porque en él se alojan los pobres y los que viajan á pie. Los quartos están cubiertos de esteras de paja, y como en la cocina no hay mas hogar que un hoyo revestido de ladrillo, sin chimenea, regularmente está llena de humo toda esta parte de la casa.

Ademas de estas grandes posadas hay en todos los caminos, hasta en medio de las selvas y de las montañas, una infinidad de hosterías en donde los caminantes hallan en todo tiempo, y muy barato, thé, vino, pasteles, dulces, &c. Las casas mas pobres de esta especie tienen siempre alguna circunstancia que atrae á los pasajeros; ya hay un jardin ó un vergel ameno, ya un arroyo delicioso que convida á gozar de su frescura, y en todas ellas se encuentran mugeres muy lindas, que nada omiten para complacer á los huéspedes. A vista de tantas comodidades y regalos, no es extraño que los caminos principales se hallen tan llenos de gente como las ciuda-

des. Muchos viajan por divertirse, y van de posada en posada buscando algun placer nuevo. Principalmente á medio dia, despues que estas mugeres se han ataviado, es quando se presentan en público: salen á la puerta de la casa, ó sientan en los balcones, y desde allí convidan á los pasajeros con el mayor descaro. En cada posada hay á veces seis ó siete, y jamas baxan de tres, y sucede con frecuencia, que á fuerza de gritar y reñir unas con otras sobre la preferencia, causan un estruendo que aturde. Este desórden es tan franco en el Japon, que algunos ricos Chinos van allí á gastar su dinero con estas mugeres, como muchos extranjeros van á Francia con el mismo fin, y por esto llaman al Japon el burdel de la China. El abuso de estos lugares de prostitucion es muy antiguo en este pais: atribuyen su origen á un Emperador del Japon, que temiendo no fuese que sus soldados cansados de una larga guerra, abandonasen sus vanderas para irse con sus mugeres, no halló arbitrio mas propio para contenerlos que el establecimiento de estas públicas mancebías. En todas las ciudades hay un parage señalado para las cortesanas, y en él tienen casas muy adornadas varios sujetos, que las alquilan á estas mugeres. Los pobres que no pueden mantener á sus

hijas, las envian á estos burdeles, acompañándolas regularmente sus propios padres. Los Chinos dicen que es mas decente matarlas luego que nacen, y los Japoneses defienden que es mayor humanidad venderlas, y proveer de este modo á los placeres del publico, y á la subsistencia del resto de la familia. La costumbre de los Chinos es el extremo de la ferocidad; la de los Japoneses prueba que es un pueblo torpe y sin pudor. Esta es la causa de que se multiplique tanto el número de estas miserables mugeres. No las reciben en los burdeles hasta la edad de diez años, porque los que las compran no quieren arriesgarse á perderlas, por causa de las muchas enfermedades de la infancia. Las dan la educacion propia de su infame profesion, enseñándolas á cantar, bailar, escribir cartas amorosas, y en fin, todo lo que pueda hacerlas mas amables. El precio de sus favores es de tres reales hasta sesenta, y las está prohibido con penas rigurosas el recibir mas. Estàn sujetas á unos directores que reciben el dinero, y á unas mugeres que han envejecido en este oficio, y las enseñan todo género de torpezas. Una de estas viejas debe quedar de guardia á la puerta por la noche para satisfacer á la brutalidad de qualquiera, y á veces castigan á las jóvenes, haciéndolas

estar de guardia. Estas infelices despues que han cumplido su tiempo de esclavitud, pueden casarse, y no tienen dificultad en encontrar maridos. Jamas las improperan su vida pasada, porque todo el oprobio se atribuye á los padres, que por miseria ó por avaricia las prostituyeron en una edad en que no podian resistirse; y obran con rectitud en atribuir la culpa á los verdaderos reos. Los Japoneses son tan aficionados á las cortesanas, que se vé aquí, como en Europa, á muchos ricos quedar reducidos á la mayor pobreza por ellas.

Esto pudiera parecer el colmo de la abominacion; pero en el Japon hay otros parajes aun mas detestables, destinados para la prostitucion de los mancebos, sobre lo qual me permitireis correr un velo, pues ni vuestro poder sufriria la descripcion de estos horrores tan infames, ni puedo escribir, sin estremecerme, los excesos de esta nacion brutal. Por lo que hace á los hombres encargados de la direccion de estas casas de prostitucion, son generalmente despreciados. Por mas riquezas que adquieran, siempre los tienen por infames, y los tratan como á los curtidores, cuyo oficio es aquí muy despreciado, porque son los que executan los suplicios capitales: igualmente se obliga á los rufianes á que ayuden á estos verdugos en sus funciones, ó

á lo ménos á que les presten sus criados.

Despues de esta digresion, vuelvo, Señora, á proseguir la relacion de mi viage de Nangasaqui á Jedo. Llegamos por tierra en cinco dias á la Ciudad de Kokura, situada á la extremidad de la Isla de Ximo. De allí nos embarcamos para Osaca, y tardamos una semana en llegar á esta ciudad. Desde Osaca atravesamos por tierra el continente de la grande Isla de Niphon hasta Jedo, en lo que nos detuvimos cerca de quince dias.

Sin apartarnos de nuestro camino, vimos treinta y tres ciudades grandes, cinquenta y siete pequeñas, y un gran número de aldeas. Al salir de Nangasaqui hallamos una, llamada Mangom, únicamente habitada de curtidores, que como he dicho, hacen aquí oficio de verdugos, por lo qual está cerca del lugar en que ajustician á los reos. Es un espectáculo terrible el modo con que se executan aquí los suplicios. Algunos dias ántes de nuestra partida fueron condenados á muerte dos hombres y una muger. Esta, en ausencia de su marido, habia citado á dos amantes suyos á horas distintas: el que debia venir el último se anticipó, y la sorprendió con su rival. Lleno de furor embistió con el otro á cuchilladas: acudió al ruido la vecindad, y prendieron á todos tres. Los Jueces, sin

hacer la debida distincion en su delito, los condenaron á todos tres á muerte: oid el órden y gravedad con que fueron conducidos al suplicio.

La marcha empezaba por un hombre que llevaba una hacha al hombro, y caminaba á paso muy lento: seguiale otro al mismo paso con un azadon al hombro por si fuese necesario abrir la sepultura para enterrar á los ajusticiados: otro llevaba una tabla en que estaba escrito el delito y la sentencia. Seguian detras los reos con las manos atadas á las espaldas, llevando sobre la cabeza un pedazo de papel con la misma inscripcion que la tabla, pero en letras muy gruesas. A cada uno seguia un verdugo, que llevaba asida la punta del cordel que les ataba las manos. Dos soldados acompañaban á cada reo con la pica en la mano, y apoyados sobre sus hombros, para quitarles toda esperanza de escaparse. Me admiré de la fortaleza de aquellos miserables que caminaban á la muerte con la mayor resolucion. Luego que les hubieron cortado las cabezas, se acercaron algunos de los espectadores, y para probar sus sables hicieron pedazos los cadáveres, y despues haciendo un monton de estos pedazos, empezaron de nuevo la carnicería, apostando á quien cortaba mas de un golpe. Los cadáveres así despedazados,

quedaron para pasto de los perros y de las aves carnívoras.

Las leyes penales son muy severas en el Japon; la mas ligera transgresion se castiga con penas corporales, y á veces con la muerte. El homicidio involuntario, y aun forzado, el contravando y la infraccion de ciertas providencias de Policia son castigados con el fuego, ó con la rueda. En los delitos que tienen alguna relacion con la tranquilidad del Estado ó con la magestad del Soberano, todos los parientes del acusado son comprehendidos en su ruina; de esta severidad tan excesiva nos contaron algunos casos. Un Administrador de rentas fue convencido de haber hecho acopio de espadas y otras armas que intentaba enviar á Corea: esta culpa acarreó la ruina de toda su familia que era numerosa, y una de las mas distinguidas del pais. El reo fue condenado con todos sus cómplices á ser crucificado: su hijo único, de edad de siete años, fue degollado en su presencia; su casa fue asolada, y sus parientes, despojados de sus bienes, fueron desterrados para siempre.

Un Gobernador de un distrito pequeño fue acusado de haber cometido algunas vexaciones contra los habitantes: la sentencia fue, que él, sus hijos, hermanos, primos y tios se abriesen el vientre, género

de muerte muy usado en el Japon. Estas personas estaban separadas y distantes unas de otras mas de cinquenta leguas, y sin embargo se mandó que todos muriesen en un mismo dia y hora. Las órdenes se despacharon con tanta exâctitud, que toda esta infeliz familia pereció en un mismo punto.

Quando se quiere favorecer á un reo, se permite á su pariente mas cercano que le mate en su casa; y este suplicio no deshonra al que lo padece, ni al que lo executa. Pero es mucho mas honor matarse á sí mismo; por lo que casi todos suplican con instancias el favor de abrirse el vientre gloriosamente. El reo que consigue este honor, junta su familia y amigos, se adorna con sus mejores vestidos, hace un discurso patético sobre su situacion, y con aspecto sereno y alegre se descubre el vientre, y se hace en él, con mucho garbo, una abertura en cruz. El atentado mas horrible queda borrado con este género de muerte: el difunto es puesto en la lista de los valientes, y sus parientes no contraen ninguna afrenta.

Quando las pruebas que resultan de los autos no son suficientes para condenar á un malhechor, se recurre á varios géneros de tormento: uno de los mas crueles es hacer tragar al acusado cierta cantidad de agua que le echan por un embudo. Lue-

go que está bien hinchado, le tienden en el suelo, y los verdugos le pisan el vientre con fuerza: si persiste negando, le fajan estrechamente el cuerpo con vendas de lienzo desde el cuello hasta los talones, y en esta disposición le dexan expuesto al ardor del sol, ó al rigor del frío, tendido de espaldas sobre guijarros agudos. Si este tormento no le arranca la confesion que pretenden, no por eso le absuelven, sino que le guardan en prisiones, ó le envian á una isla desierta. Este último castigo se dá principalmente á los Señores y Grandes del reyno: la isla adonde los transportan, está á catorce leguas de Jedo, y no tiene mas que una legua de bogéo. No tiene puerto, ni ensenada, y sus costas son tan escarpadas, que quando llevan á ella víveres, ó algun reo, ó tiene que mudar la guardia, es preciso subir el barco con toda su carga por medio de una grua. Su terreno no produce mas que algunas moreras, y es preciso enviar los víveres con que se han de mantener los desterrados, cuyo alimento se reduce á un poco de arroz, algunas raices, y algo de carne salada. No los dexan allí en ociosidad, pues les hacen ganar su alimento criando gusanos de seda, y fabricando telas.

Si un reo muere en la carcel, sea de muerte natural, ó porque él se mate á sí

mismo, lo que sucede con mucha frecuencia, su cuerpo no queda libre del suplicio: se le forma el proceso como si viviese, conservan su cadaver en sal hasta el dia de executar la sentencia, y se la aplican como si estuviera vivo.

Desde la aldea de Mangon, hasta otra en donde dormimos, no vimos otra cosa notable sino un ídolo labrado en una roca, que nos dixeron era el protector de los caminantes. Tenia delante de sí unas columnas pequeñas en que ardian unas lámparas, mantenidas de las limosnas de los pasajeros. A corta distancia de allí hay un pilon lleno de agua, adonde se laban los que quieren hacer algun sacrificio.

Despues de algunos dias de marcha encontramos unos baños calientes, famosos por las virtudes que les atribuyen. El edificio está rodeado de balaustradas, trabajadas con primor: cada baño tiene dos caños con sus llaves, uno para el agua caliente, y otro para la fria: la primera sale tan caliente, que apenas se puede meter en ella la mano.

Saliendo de aquí, atravesamos unos valles amenos y fértiles, y unos campos cercados de árboles que produce el thé. Los habitantes aprecian tanto las tierras, que solamente destinan los linderos para plantar árboles. El mejor thé del Japon se cria en las cer-

canías de Meaco, en donde se coge todo el que gasta la Corte. Las personas distinguidas no lo toman en infusion, sino en polvo, para lo qual muelen sutilmente las hojas, echan una pequeña porcion en una taza de agua hirviendo, y la menean hasta que hace espuma; y se pone como un caldo claro, el qual toman sin echarle azucar. El thé de que usa el Emperador, se coge en una montaña que está plantada toda de estos arbolillos. Un oficial cuida de esta montaña, y varios jardineros velan con la mayor atencion en el cultivo de esta planta, en recoger la hoja y prepararla. La montaña está rodeada de un foso que impide la entrada: cada dia se limpian los árboles, sin dexar la menor inmundicia sobre las hojas. Los que las cogen deben abstenerse de comer pescado salado, y qualquier otro manjar de olor subido, para que su aliento no las aje ó altere su buen olor. Tampoco pueden tocar á las hojas sino con guantes, y durante todo el tiempo de la cosecha, se les obliga á bañarse muchas veces al dia.

Cerca de este mismo paraje en que se cria el thé con abundancia, el arroz me pareció el mejor de todos los paises del mundo. Hay allí hasta seis especies diferentes de arroz, y la mejor se transporta

ta á Jedo para la mesa del Emperador.

Al dia siguiente pasamos por una gran Ciudad, llamada Sanga: sus calles son anchas y rectas, con canales y arroyos que las riegan, y van á desaguar al mar. Las casas son baxas, y las tiendas están adornadas con colgaduras negras. Nos admiramos de la pequeñez y gracia de las mugeres de esta provincia, las quales son de tan corta estatura, que parecen niñas, pero al mismo tiempo son muy bien proporcionadas, y por la mayor parte muy lindas. Se pintan el rostro, y con esto se asemejan con mas propiedad á nuestras muñecas, pareciendo mas bien figuritas de cera, que personas humanas. En general, las mugeres de esta provincia tienen fama de hermosas: aun los hombres, que son muy feos en todo el Japon, aquí son bien formados, y de fisonomía agradable. Los Japoneses de las demas provincias tienen los ojos pequeños y hundidos, el color cetrino, las cejas gruesas, la nariz aplastada, la cabeza gruesa, las piernas cortas, y la talla ménos que mediana. Todo esto se verifica en la gente comun, que en efecto es muy disforme; pero las personas de calidad, los descendientes de las antiguas familias, tienen el aspecto mas noble, son mas corpulentos, y aun de buena fisonomía.

Por lo que hace al caracter de esta

nacion, todo lo que he visto hasta ahora, y todo lo que me han dicho, me hace creer que los Japoneses son de excelente natural, de corazon generoso, benéficos, y de costumbres amables; sobrios, frugales, económicos, pero magníficos y pródigos en las ocasiones de lucimiento: altivos, intrépidos, enemigos de toda baxeza, muy sufridos en los trabajos, y despreciadores de la muerte, que se dan á sí mismos por motivos muy leves. El honor es el movíl de todas sus acciones, pero son muy falsas las ideas de honor que hay establecidas entre ellos. La buena fé, la franqueza y el desinterés son tambien prendas particulares de esta nacion: son curiosos, ingeniosos, aficionados á las artes y ciencias, aunque no las conocen sino superficialmente. Consideran el comercio como una profesion vil, y por esta causa no hay nacion alguna bien civilizada que sea tan pobre como esta. Todas las riquezas de este Imperio están en poder de los Grandes, y no se conoce aquí ningun opulento en la clase ínfima del pueblo, como en otras naciones.

Los Japoneses aman á su patria, adoran á su Soberano, respetan á sus Magistrados, y son fanáticos por su religion. Por otra parte son inquietos, revoltosos, en extremo inconstantes, excesivamente su-

persticiosos, ciegos adoradores de sus Sacerdotes, y entregados á las prácticas supersticiosas mas necias y ridículas. Todos ellos, aun los mas ínfimos, se precian tanto del pundonor, que el hombre mas baxo se dá por ofendido de una palabra comedida que le diga algun Grande, y se cree autorizado para vengarse. Esta pasion les hace olvidar su caracter, y los vuelve téttricos, desconfiados, pérfidos y crueles. Su incontinencia es extremada, y las leyes no ponen aquí ningun freno á la lascivia: en todos ellos se advierte un libertinage desenfrenado. Ya os he insinuado aquel vicio horrible, justamente detestado entre nosotros, al qual se abandonan los Japoneses sin el menor rubor. Sin embargo, es facil convencer á estos hombres de sus errores, porque aman la verdad, y en haciéndosela palpable, la abrazan á toda costa. Gustan sinceramente de que los instruyan en sus obligaciones, y de que les hagan ver sus defectos, y quando se les demuestra que no tienen razon, convienen en ello de buena fé.

La campiña algunas leguas al rededor de Sanga, es una llanura fértil por donde atraviesan varios arroyos, rodeados de diques y presas para regar en tiempos secos toda la extension del terreno. No solamente labran los campos llanos, sino que se ven cultivadas hasta las montañas mas

escarpadas, arándolas con bueyes ó á fuer-
za de brazos, quando estos animales no
pueden subir hasta su cima. La industria
excitada por la necesidad, ha hecho ven-
cer los mayores obstáculos: los Japoneses
se han aplicado á fuerza de trabajo, sin
dexar de ser laboriosos. Deben esta ven-
taja á la prohibicion del comercio con los
extrangeros, que les obliga á procurar sa-
car de la tierra todo lo que necesitan. De
aquí procede, que la agricultura, que es
su único recurso, no ha llegado en nin-
gun pais á mas alto punto que en el Ja-
pon. Han hallado arbitrios para hacer fér-
tiles los terrenos mas estériles, y esto prue-
ba que la tierra paga con usura los su-
dores del hombre, que la obliga á descu-
brir sus verdaderos tesoros.

Llegamos á Kokura, situada á la ex-
tremidad de la Isla de Ximo: esta ciu-
dad fue antiguamente grande y bella, y
aun se ven algunos vestigios de su mag-
nificencia, como son sus jardines, sus ba-
ños públicos, sus posadas, y un puente con
una balaustrada de hierro á los dos lados
muy bien trabajada. Nos dirigieron hácia la
costa para pasar en unos barcos pequeños
á la Isla de Niphon. No sucedió ninguna
cosa extraordinaria, durante nuestra nave-
gacion, y con viento favorable llegamos en
quince dias al puerto de Osaca. Unas bar-

cas magníficas que esperaban al Embaxador, nos conduxeron hasta la misma ciudad, atravesando sus arrabales. Nos alojaron en aposentos separados con mamparas, según la costumbre del país; y al día siguiente fuimos llevados á la audiencia del Gobernador. Hicieron que cada uno de nosotros nos pusiésemos un manto de seda á la Japonesa, el qual es aquí el vestido de gala. Atravesamos un patio de unos treinta pasos para llegar á la sala de guardias, donde habia quatro soldados de centinela, y fuimos recibidos por dos Gentes-hombres. Las paredes estaban cubiertas de armas colgadas, y dispuestas en buen orden. Entramos en otra sala, donde dos Secretarios nos recibieron con urbanidad, nos presentaron thé, y nos dieron conversacion hasta la venida del Gobernador. Presentóse éste acompañado de dos hijos suyos; sentóse á algunos pasos de distancia del lugar en que nosotros estabamos, separados con celosías. No se habló mas que del tiempo que estaba algo frio, de lo largo del camino, de la dicha de ser admitidos á la presencia del Emperador, y de la distincion de los Holandeses, que de todas las naciones del mundo son los únicos á quienes se concede esta gracia.

Estos Isleños son casi tan ceremoniosos en sus visitas como los Chinos: se hacen

mil cumplimientos al encontrarse, al sentarse, al despedirse: el que hace la visita debe llevar una bata de seda negra sobre sus demas vestidos. Estas batas son los regalos mas comunes del Japon, y las envian sobre bandejas, teniéndose esto por el favor mas insigne, quando un Grande le envia á un inferior. Lo que os parecerá muy estraño es que se ponen aquí los vestidos de gala para estar dentro de casa, y se los quitan para salir. No es esta la única costumbre que me hace considerar á los Japoneses como antípodas nuestros: el color blanco es aquí el de luto, y el negro para el regocijo: montan á caballo á la derecha, saludan con el pie, y no con la mano ni la cabeza &c.

En los pocos dias que estuvimos en Osaca visitamos el castillo, y algunos otros parages de la ciudad, la qual está situada en una fertil vega, á la orilla de un rio navegable, y aun ocupa un largo espacio de cerca de quatro mil pasos, y unos dos mil de largo. Varios canales atraviesan por las calles principales, de bastante profundidad para sufrir barcas que acarrean los víveres y todo lo necesario para la vida hasta las mismas puertas de las casas. Me causó admiracion la regularidad con que están distribuidos estos canales, sobre los quales hay puentes muy bellos. Las dos ri-

beras del rio están revestidas de parapetos de piedra con escalones para poder desembarcar en qualquier parte. Las calles estrechas, pero rectas, no tienen mas empedrado que unas losas por las dos haceras para comodidad de los que van a pie. Al fin de cada calle hay unas puertas fuertes que se cierran por la noche, y en cada una de ellas hay un parage rodeado de una varandilla, donde se hallan todos los instrumentos necesarios para apagar los incendios, y pozos dispuestos para el mismo fin, precaucion muy necesaria en el Japon, donde son muy freqüentes los incendios. En todo el Imperio no hay otro castillo sino el de Fingo, que exceda en extension, magnificencia y fuerza al de Osaca; su forma es quadrada, y tiene mas de una legua de circuito. El Soberano mantiene allí siempre una fuerte guarnicion, y dos de los principales Señores de la Corte mandan en él alternativamente por espacio de tres años. Quando el uno de ellos entra á mandar, el otro debe ir á la Corte á dar cuenta de su gobierno. No pueden verse uno á otro en esta mudanza, y el que marcha, dexa por escrito en su quarto sus instrucciones al otro que ha de sucederle. No tienen nada que ver con los Gobernadores de la ciudad, á los quales son superiores en el grado.

Osaca debe de ser sumamente populosa, si es cierto, como aseguran los Japoneses, que de solos sus habitantes se puede sacar un ejército de ochenta mil hombres. Su situación, que es igualmente ventajosa para el comercio de mar y tierra, la hace una de las ciudades mas mercantiles del reyno: está llena de artesanos, obreros, y ricos comerciantes. Los víveres se hallan allí en abundancia, como tambien todo lo que sirve al luxo y al deleyte.

Los habitantes de esta ciudad son muy dados a la música, á las diversiones, y á los espectáculos, por lo que los Japoneses la llaman *el teatro de los placeres*. Todas las horas se anuncian con la música de varios instrumentos, y para cada hora hay su instrumento particular que las distingue. De todas las provincias del Imperio concurren gentes á Osaca para gastar en placeres lo superfluo de sus bienes. La mayor parte de los Grandes tienen casas en esta ciudad, aunque no se les permite detenerse en ella mas que una noche. Uno de ellos dió un banquete al Embaxador Holandés, y á parte de su comitiva: he aquí lo que se practica en estas ocasiones. Cada convidado tiene su mesa particular, y todas ellas son pequeñas y muy baxas, porque todos se sientan en el suelo sobre sus talones. No las cubren con manteles ni ser-

villetas ; pero á cada plato traen una mesa nueva : todas ellas están bien barnizadas, y los Japoneses las cuidan con tanto aseo, que jamas se advierte en ellas una mancha. No hay nacion que se precie tanto de la limpieza en la mesa : los platos se presentan adornados de flores ó cintas, y todas las aves que se sirven á la mesa, tienen dorado el pico y los pies : en todo lo demas observan el mismo esmero. El alimento mas ordinario es el arroz, el qual es aquí mas delicado y nutritivo que en casi todo el Oriente. Le dexan cocer hasta que se hace una masa dura, que usan en vez de pan. Sus demas alimentos son el pescado, y principalmente la carne de ballena, ostras y marisco con todo género de hierbas y raices silvestres que cogen en los bosques y parages incultos. Las cuecen en agua con sal, y las sazonan con una salsa de harina de habas, mezclada con un poco de sacki : así se llama el licor mas comun del Japon, el qual es una cerveza fuerte, hecha de arroz fermentado. Usan tambien otra bebida que extraen de las ciruelas, la qual es muy agradable, pero poco comun. El vinagre, la manteca de vacas, el azafran y la especería, no entran en sus salsas, las quales se componen con aceyte de nueces, que prefieren al de aceytunas. Hacen tambien bollos de harina de trigo

mezclada con la de habas negras, y algunas raíces machacadas: tambien usan de pastas finas, cortadas en pedazos, parecidas á las de Italia; en fin, las mesas de los Japoneses están abundantemente provistas de compotas y de todo género de dulces.

La música acompaña regularmente á estos banquetes, pero el regocijo está desterrado de ellos por causa de las muchas ceremonias que ocupan fastidiosamente á los convidados. Este ceremonial se distingue poco del que se practica en la China; sin embargo, los Japoneses lo executan con mas desembarazo, por lo que la urbanidad es ménos pesada y molesta. Despues de concluida la mesa, se entretienen en tomar thé, en cantar, en proponerse enigmas y otras diversiones inocentes, que sin duda son mas racionales que los naype, cuyo uso, por fortuna, no se conoce en el Japon. Tampoco se permite ningun juego de suerte, porque esta nacion juzga, y con mucha razon, que son un tráfico sórdido, indigno de personas de honor.

Durante nuestra mansion en Osaca, vimos dos veces representar comedias: las composiciones dramáticas, el canto, la danza y los demas espectáculos de esta especie son muy del gusto de los Japoneses, y su religion los autoriza como entre los antiguos Griegos y Romanos. Sin embargo,

aunque estas diversiones son á veces una parte de las fiestas que se celebran en honor de sus ídolos, las costumbres corrompidas de los actores hacen muy despreciable esta profesion en este pais. Por lo que hace á su teatro, se ven en él decoraciones y máquinas asombrosas, acompañadas de una música muy rara, compuesta de flautas, tambores, timbales, y grandes campanas, lo qual forma una algaravía confusa, muy agradable á los Japoneses. Esta nacion tiene la particularidad de que arreglan el canto á la danza y movimientos del cuerpo, y no la danza á la música. Por lo que hace á las máquinas, es preciso confesar, que despues de los Chinos ninguna otra nacion les aventaja en esto: nuestros tramoyistas deberian ir á estos paises á estudiar el arte de adornar y servir bien las decoraciones de un teatro. Allí verian presentar gigantes monstruosos, montañas ambulantes, ciudades pobladas y animadas, fuentes con sus caños que arrojan el agua á grande altura y otros mil prodigios de esta naturaleza, que nosotros no sabemos imitar sino pintándolas en un telon.

Aunque los Japoneses son muy apasionados á las decoraciones y á las máquinas, no por eso abandonan el placer del entendimiento, y tienen comedias que les hacen mas impresion que á nosotros las mejores

nuestras. El argumento de sus dramas es-
ta tomado ordinariamente de la historia de
sus dioses ó héroes, cuyas proezas repre-
sentan en verso, y á veces sus aventuras
amorosas. Mezclan por lo comun todos los
generos, trágico, cómico, lírico y panto-
mímico. sus dramas están distribuidos co-
mo los nuestros en escenas y actos: el ar-
gumento y plan se explican en un prólo-
go, pero sin tocar el desenlace, con el
qual pretenden sorprender á los especta-
dores. Los intermedios son bayles, ó algunas
farsas burlescas; pero en las tragedias y
comedias procuran moralizar con seriedad.
El estilo de sus tragedias es enfático y enér-
gico, y su objeto son las acciones mas he-
roycas. Un mismo drama no puede repe-
tirse de un año para otro. Los actores son
unos mancebos que se escogen entre los ve-
cinos que hacen el gasto del espectáculo,
porque cada barrio de la ciudad tiene que
costearlo por su turno una ó dos veces al
año: las actrices son unas jóvenes que sa-
can de las casas de prostitucion. Es cosa
muy divertida ver el modo con que los en-
cargados de costear el espectáculo condu-
cen en procesion á los actores y las má-
quinas. Primeramente se vé baxo un palio
muy rico, un escudo muy ancho, en el
qual está escrito con caractéres muy grue-
sos el nombre de la calle ó barrio que cos-

tea el espectáculo : acompañañale una música estrepitosa , siguiéndola un inmenso gentío y detras van las decoraciones y todo el aparato teatral. Las piezas mas pesadas van en hombros de gente que alquilan para este efecto ; lo demas es llevado por niños vestidos con primor : detras de estos van los actores , y luego todos los habitantes del barrio con vestido de ceremonia. Cierra la marcha una gran multitud de gente ordinaria , que llevan bancos y esteras , y marchan de dos en dos.

Como los espectáculos se dan aquí ordinariamente en las grandes fiestas , y muchas veces forman parte del culto religioso de los Japoneses , los Sacerdotes ocupan casi siempre los primeros puestos en estas diversiones. Regularmente se executan en la inmediacion de los templos , ó dentro de ellos , quando son bastante espaciosos para erigir en ellos un teatro , y para que el pueblo quepa en él comodamente. Enfrente de los Sacerdotes se sientan los Gobernadores , sus dependientes y guardias : la obligacion de esta tropa es acomodar á los espectadores en los asientos , y hacer observar el buen orden.

Entre las fiestas , que siempre van acompañañadas de comedias , hay una muy notable que se celebra todos los años en honor del dios tutelar de cada ciudad. Em-

pieza al amanecer por una procesion de todos los habitantes, que atravesando las calles principales vá al templo, y desde allí al lugar destinado para servir de teatro á las representaciones de varios géneros. He aquí la relacion de las escenas y máquinas que se presentaron sucesivamente en el drama que se representó delante de nosotros en Osaca. Primeramente salieron ocho actrices diversamente vestidas, cada qual con un abanico y flores en las manos: danzaron por su turno, y despues salieron dos viejas con distinto trage, que danzaron igualmente. Despues el teatro representó un gran jardin esmaltado de flores, y en medio una cabaña rústica, de donde salieron á un tiempo otras ocho actrices vestidas de blanco, y executaron una danza. A esta decoracion sucedió la entrada de ocho carros triunfales, á los quales iban uncidos unos bueyes imitados con mucha propiedad: tiraban de estos carros unos jóvenes, adornados con muchas galas, y en los carros iban árboles de varias especies, un collado cubierto de verdura, un bosque espeso, en medio del qual habia un tigre dormido; una ballena medio oculta en el agua, y otras varias figuras. Apareció despues una montaña movible, una fuente rodeada de árboles, una cuba, una casa, y se concluyó la escena con una dan-

za de dos gigantes. Otro gigante salió de la montaña, armado con un grande alfanje, y le siguieron siete Chinos, que embistieron con los tres Colosos. Concluida la pelea, uno de los gigantes hizo pedazo la cuba en donde estaba escondido un joven que recitó un discurso con mucha gracia. Danzó despues con el gigante, al mismo tiempo que tres monos con cabezas de peces, saliendo de la fuente, saltaban al rededor de ellos remedando su danza. Las otras decoraciones que se presentaron sucesivamente, fueron un arco triunfal Chinesco, una casa de campo, el aparato con que viaja un Emperador del Japon, un pozo, y todos los instrumentos necesarios para apagar un incendio, una montaña cubierta de nieve, y todas con intermedios de representaciones, danzas y pantomimas. Es preciso confesar, que aunque estos espectáculos teatrales de los Japoneses no pueden compararse con los nuestros en la regularidad, en la propiedad de la imitacion, ni en los demas requisitos del arte dramático, sin embargo, si los comparamos con las diversiones brutales del circo Romano, y con algunos espectáculos modernos, halléremos que los Japoneses saben divertirse con mas racionalidad que otros pueblos á quienes tenemos por cultos.

CARTA LXX

Continuacion del Japon.

Partimos de Osaca para Meaco, que solo dista trece leguas: caminamos una larga legua por campos sembrados de arroz. El camino es una larga calzada, con dos filas de árboles á los dos lados, los quales son de la altura de nuestras encinas, y están cargados de una fruta amarilla, de que se saca mucho aceyte. Todo este pais está muy poblado: hay tan gran número de aldeas junto al camino, que forman como una calle continua hasta Meaco. En todas ellas se distinguen facilmente las posadas y las casas públicas por las rameras arreboladas que están á las puertas. Por la noche fuimos á dormir á Yodo, ciudad pequeña pero célebre por la belleza de sus edificios, y bondad de sus aguas. Su arrabal es una calle larga, por la qual se vá á un puente magnífico, que tiene quatrocientos pasos de largo. Le sostienen quarenta arcos con balaustradas adornadas con bolas de cobre. En medio del rio hay un castillo construido de ladrillo, que forma un espectáculo soberbio por la elevacion y grandeza de sus torres.

Al dia siguiente descubrimos á Meaco, y llegamos á esta ciudad por una gran calle, por la qual andubimos mas de dos horas hasta llegar á nuestra posada. Era dia de fiesta, y encontramos una gran multitud de personas de ambos sexos paseándose y divirtiéndose: esta fiesta era al primer dia del mes, que los Japoneses celebran con visitas, paseos, y otras diversiones. Las mugeres estaban bien ataviadas, con batas de varios colores, velos de seda sobre la cabeza, y grandes sombreros de paja para defenderse del sol. Vimos algunos mendigos, con trages muy ridículos, y con máscaras estrañas: unos llevaban sobre la cabeza grandes tiestos plantados de arbolitos: otros cantaban ó silvaban, tocaban flautas y otros instrumentos, mientras que los farsantes divertian al populacho con sus bufonadas. Los templos estaban iluminados con una multitud de lámparas, y los Sacerdotes, golpeando las campanas con martillos de hierro, hacian un estruendo que aturdia.

Al dia siguiente fuimos introducidos en casa del Presidente de la justicia, y á la audiencia de los Gobernadores, pero con la humillacion de tener que dexar nuestro coche á cinquenta pasos del palacio, para andar á pie lo restante del camino. Nos hicieron esperar bastante tiempo á la puer-

ta, y el Presidente, que ni aun quiso presentarse, recibió nuestros regalos por mano de sus oficiales. En casa de los Gobernadores fuimos tratados con ménos vilipendio, pues se dexaron ver por entre unas celosías como los de Osaca. Nos rogaron que nos detuviésemos un rato para que sus mugeres tuviesen tiempo de mirarnos á satisfaccion: ellas estaban en una sala inmediata, detras de una mampara con muchos agujeros, desde donde exâminaban á su gusto, y sin ser vistas, nuestro trage y figuras. No solamente nos obligaron á que las mostrásemos nuestros sombreros, espadas, relojes, y todo lo que llevábamos, sino que hubimos de quitarnos las capas para que registrasen á satisfaccion nuestros vestidos y formas por delante y detras. A complacencias tan baxas é indecentes tienen que sujetarse los Holandeses, y yo como uno de ellos, hube de aguantar igual humillacion y abatimiento.

Detuvímonos cerca de ocho dias en Meaco, y esto me bastó para formar idea de esta capital. Los Japoneses la llaman *la ciudad* por excelencia, como hacian los antiguos Romanos con la suya, porque siendo la residencia del Dairi, se la considera como la metrópoli del Imperio. Está situada en medio de una gran llanura, y tiene una legua de largo: los collados que la

rodean, y una infinidad de arroyos que la riegan, hacen su situacion muy agradable. En las faldas de estos collados se vé una infinidad de templos, monasterios y ermitas, y me aseguraron que su número pasaba de seis mil. El palacio del Dairi, que comprehende diez ó doce calles, esta separado de la ciudad con murallas y fosos: la habitacion de este Príncipe se distingue de los demas edificios por la altura y magnificencia de sus torres. A cierta distancia de ella están las habitaciones de las mugeres, y de los principales oficiales: todo lo demas está destinado para alojar á los demas dependientes de palacio. A otro extremo hay un castillo bien fortificado para el Cubo, quando vá á visitar al Dairi. Las calles de la ciudad son estrechas, pero rectas, y en extremo largas. Las casas son baxas, como todas las del Japon, y la mayor parte construidas de madera y de tierra, con un depósito de agua sobre el techo para el caso de incendio.

Meaco es el almacen general de las manufacturas y mercaderías del Japon, y el centro del comercio de todo el Imperio. Allí refinan el cobre, acuñan la moneda, imprimen los libros, y fabrican las telas mas ricas de oro y plata. Los mejores tintes, los cincelados mas perfectos, todo género de instrumentos músicos, bellas pinturas, ricos

gabinetes, barnices, hojas de espada del mejor temple, bellas obras de oro, plata y azero, vestidos magníficos, en una palabra, todo lo mejor que se hace en el Japon, se halla en Meaco. No hay manufactura estrangera ni obra alguna que aquellos artistas no imiten. Se cuentan en esta ciudad mas de seiscientos mil habitantes, y entre ellos hay mas de cien mil Sacerdotes ó Bonzos. En las cercanías de esta ciudad, tenida por sagrada, se ven los mas bellos templos del Japon, los quales estan construidos sobre alturas en una situacion cómoda y amena. La ley manda que se hayan de fabricar en terrenos puros, léjos de los parajes expuestos á inmundicias. He observado que en muchas naciones de nada se cuida tanto como de la magnificencia en los templos: aquellos pueblos á quienes la naturaleza ha negado los ricos metales, han procurado por medio de la delicadeza del trabajo, dar á las piedras, maderas, y tierras mas belleza que la que tienen el oro y la plata; pero en particular los Japoneses han sabido hermanar la mayor sencillez con el mejor gusto, gracia y nobleza. Sus hábiles artífices trabajan con tanto primor la madera y la piedra, que causa admiracion ver sus templos. No hay provincia alguna que no tenga templos de maravillosa belleza: regularmente se vá á ellos por calles espaciosas,

plantadas de dos filas de cedros, cubiertas de una arena muy fina, y adornadas á los dos lados de casas altas, en donde habitan los empleados en el servicio de estas pagodas. Hacia el medio de la calle el terreno se vá elevando poco á poco y remata en una escalera de piedra, tan ancha como toda la calle. Se hallan despues varios pórticos que se atraviesan ántes de entrar en el templo, los quales están rodeados de balaustradas. A veces se ven pilas-tras aisladas, que sostienen unas linternas de metal dorado con adornos de la misma materia. Estas linternas se encienden todas las noches, y á veces hay cinquenta al rededor de un solo templo: en cada pilastra hay una inscripcion en letras de oro, con el nombre de su fundador. Lo interior del edificio es á proporcion de igual magnificencia: por todas partes brilla el oro, y los mas bellos barnices. El edificio está sostenido en columnas de cedro de prodigiosa altura: las paredes están pintadas, barnizadas y pulimentadas como un espejo. Pero nada iguala á la belleza de sus techos, que están dorados ó cubiertos de un barniz precioso. El templo que llaman en Meaco la pagoda Imperial, es un edificio soberbio, destinado para recibir al Cubo quando vá á cumplir sus devociones. Se sube á él por una espaciosa escalera, que conduce á un

edificio mas magnífico y magestuoso que el palacio del Soberano. En medio de la primera sala, que es muy espaciosa, se vé un grande ídolo, rodeado de otros pequeños, y de varios adornos. A los dos lados de esta sala ó nave, se ven muchas capillas con algunos aposentos para recibir al Emperador. Cerca de estos quartos hay un jardin, en que el arte ha reunido todos los primores: sus quadros se forman de varias plantas raras, enlazadas con piedras curiosas; pero no hay espectáculo mas agradable á la vista, que una fila de collados, formados á imitacion de los naturales, y cubiertos de las mas bellas flores del pais. Un arroyuelo cristalino los rodea con apacible murmurio, y de trecho en trecho hay unos bellos puentecillos, que á un mismo tiempo sirven de adorno y de comunicacion para todas las partes del jardin. Conduxéronnos á la extremidad de este sitio encantador, y desde allí vimos las perspectivas mas amenas y deliciosas. Salimos por una puerta de la extremidad, y pasamos á un templo pequeño que está allí cerca, elevado sobre una montaña: en él se conservan los nombres de los Emperadores difuntos, grabados sobre una mesa rodeada de sillas, en la qual hay varios papeles con oraciones. Desde allí dos Bonzos jóvenes muy urbanos que nos servian de guias,

nos llevaron sucesivamente á otros templos: en todos ellos salia á recibirnos una tropa de Bonzos, presentándonos thé, saki, tortas y refrescos. No quiero detenerme, por no molestaros, en la descripción de todos estos edificios ni de los ídolos de todos sexos, edades y figuras: solo añadiré que hay siempre en las cercanías un gran concurso de gente, y que en ninguna otra parte se vé mayor número de hosterías y de burdeles que en las cercanías de los templos. Nos mostraron una fuente famosa que sale de un peñasco, cuya agua creen los Japoneses que tiene la virtud de inspirar modestia y prudencia.

Los templos del Japon se diferencian entre sí en la extensión y arquitectura, según la dignidad y clase de los dioses que en ellos se adoran. Los ídolos extranjeros ocupan los mas modernos, y los mas notables: tienen mucha semejanza con las pagodas de los Chinos, esto es, consisten por la mayor parte en una gran torre, que remata en cúpula, fabricada sobre un machon de ladrillo de diez á doce pies de alto: al rededor hay una balaustrada, y en lo grueso del machon hay algunos arcos que conducen á lo interior del edificio. Una gran sala sirve de templo, y no tiene ventanas, entrando la luz por sus pórticos. Se vé allí una infinidad de nichos en las paredes, lle-

nos de estatuas. En medio hay un altar aislado, ordinariamente muy rico, sobre el qual hay uno ó muchos ídolos de figura monstruosa. Nos mostraron uno que tiene quarenta y seis brazos: está rodeado de diez y seis herodes vestidos de negro, mas grandes que el natural: detras de ellos hay dos filas de ídolos dorados, casi del mismo tamaño, cada uno con veinte brazos. Los ídolos mas apartados del principal tenian unos grandes cayados, los otros tenian en las manos guirnaldas y varios adornos. A estos siguen otros de diversos tamaños, graduados de suerte que dexen ver á los que están mas apartados. Los Japoneses aseguran que el número total de estos ídolos asciende á 33333, de cuya circunstancia ha tomado el nombre este templo. Delante del ídolo principal hay un gran candelero con muchos brazos y mecheros, donde encienden unas velas que exálan gran fragancia.

En las cercanías de los templos, principalmente de los que son mas freqüentados, hay ordinariamente magníficos monasterios de Bonzos. Estos edificios son muy espaciosos, hallándose en cada uno de ellos doscientas celdas, con todas las demas oficinas para el uso comun, como refectorios, cocinas, salas de baños &c. Tienen tambien jardines con fuentes, vergeles, bosques, paseos deliciosos, en una palabra, todo lo

que puede contribuir al placer y á las comodidades de la vida.

Los santuarios consagrados á los antiguos dioses del pais no igualan en belleza á los templos de que acabo de hablar, pues no son mas que unas ermitas pequeñas y muy sencillas, por lo regular quadradas y de madera. Su altura no pasa de quince á diez y seis pies: al rededor de ellas hay una pequeña galería, adonde se sube por algunos escalones. Estas ermitas no tienen puertas, y solo se ven en la fachada dos ventanas baxas, con rejas por donde se descubre todo lo interior; allí es donde se postran los que van á hacer sus devociones, dirigiendo desde afuera sus oraciones á los dioses. En medio de estos templos hay un grande espejo, el qual dicen significa que todas las manchas del alma son tan manifiestas á la divinidad con la misma claridad con que ellos ven en aquel cristal las manchas y señales de su rostro. Del techo cuelgan gran porcion de listas de papel muy picado, lo qual dicen denota la pureza de aquel lugar. Esto es todo lo que se presenta á la vista en lo interior de estos templos, en que rara vez se colocan ídolos. Sin embargo, quando el dios hace algun milagro, le fabrican una especie de nicho, en donde ponen su estatua. En los dias de devocion los Sacerdotes sentados al lado de un atrio,

que hay delante de la ermita, reciben las ofrendas del pueblo: este lugar regularmente está lleno de los dones presentados al ídolo por causa de los votos que le hacen. Cerca de allí hay un cepillo para echar las limosnas y una campana que tocan los que vienen á hacer oracion para avisar al dios. Ademas de esta prodigiosa multitud de edificios religiosos, que se hallan en todas las provincias del Imperio, las esquinas y los caminos están adornados con la estatua de algun ídolo: los hay tambien cerca de los puentes, y de los templos, conventos y ermitas: sus imágenes se venden al pueblo, que las coloca en las puertas de las ciudades, de los edificios públicos y en las esquinas. No hay casa alguna sobre cuya puerta no se vea alguna imagen que representa á los dioses domésticos y tutelares de la familia. Están pintadas de varias formas, cubiertas con gorros de diversas figuras.

Cada oficio tiene aquí sus dioses particulares, los quales dicen que cuidan directamente de todo lo tocante á aquella profesion. El dios de los pescadores está representado sobre un peñasco en medio del mar, con una caña en una mano, y un pez en la otra. Los mercaderes reconocen por su protector al dios de las riquezas y de la abundancia: está sentado sobre un saco de arroz, y dicen que en donde quie-

ra que toca con su martillo, salen tesoros, víveres, ropas &c.

Hasta las bestias son un objeto de culto en el Japon, y tienen sus templos. En uno se vé un mono colocado sobre un altar, y en los nichos de la pared hay otros en varias actitudes. Los Japoneses creen justificar este ridículo culto diciendo que los cuerpos de estos animales, tan semejantes á los hombres, sirven de alojamiento á almas humanas, y principalmente á las de los héroes, que son los dioses del pais. Aunque los ciervos no son un objeto de adoracion, á lo ménos son muy respetados: nadie se atreve á herirlos ni á inquietarlos, pues el que les hiciese algun daño exponia á peligro su vida ó hacienda. En general, se tiene en el Japon mucho respeto á los animales. Cerca de algunos monasterios se cultiva un bosquecillo, destinado únicamente para las bestias, y los Bonzos las echan de comer: el que está encargado de su manutencion, los llama con una campanilla, y los despide del mismo modo, luego que han acabado de comer.

En el Japon se hallan casi las mismas especies de animales domésticos que en Europa, caballos, toros, cerdos, perros, gatos &c.; pero la mayor parte son salvajes, por el poco cuidado que tienen de domesticarlos. Aun las ovejas y carneros ha-

bitan en los bosques y montañas, porque no conocen la grande utilidad que pudieran sacar de su lana, y la transmigracion les impide matarlos. En la China, donde esta doctrina está igualmente admitida, comen sin escrupulo la carne de toda especie de animales, porque el hambre es mas poderosa que la supersticion.

Hubo un tiempo en que los Japoneses tuvieron el mayor miramiento y respeto á los perros; he aquí lo que me han contado sobre este particular. Un Emperador que habia nacido baxo la constelacion del perro, tuvo, como Augusto, mucho respeto al animal que creia habia precisado á su nacimiento. Sus vasallos se esmeraron en respetar el objeto de la estimacion de su Soberano, y bien pronto no hubo perro que no fuese erigido en dios. Con esto los perros se hicieron tan insolentes, que no se podia pasar por donde estuviesen, sin peligro de ser mordido. Llegó la supersticion hasta el extremo de erigirles capillas en forma de habitaciones; y les pusieron directores que cuidasen de su salud. Se consideraba su muerte como una gran desgracia, y era preciso ir á enterrarlos sobre la cumbre de una alta montaña. Un hombre á quien se le habia dado esta comision, se quejaba de que le pesaba mucho la carga, y maldecia la ley que le obligaba á aquel

trabajo. Dá gracias á Dios, le dixo su compañero, de que el Emperador no hubiese nacido baxo la constelacion del caballo, pues entónces te sería harto mas pesada la carga.

Despues de la muerte de este Príncipe, los Japoneses dexaron de respetar á estos animales, y se desquitaron contra ellos de la molestia que les habian causado. La deidad canina fue perseguida con tan malos tratamientos, que hubo de huirse á los montes á buscar asilo: desde aquel tiempo los perros se hicieron salvages, y muy pocos de ellos viven entre los hombres. En su lugar los gatos son los falderos de las mugeres, y este es ahora el animal privilegiado.

Hay otro animal, á quien tienen tanta veneracion, que está prohibido hacerle la menor violencia: esta es la grulla, á la qual tienen aquí por ave de buen agüero, y el pueblo la dá el título de *señora*. En Francia tenemos tambien señoras grullas; las del Japon son tan familiares, que se pueden contar entre las aves domésticas, como en algunas casas entre nosotros.

Las ratas y ratones son muy comunes en el Japon: no solamente no les tienen aquí ningun temor, sino que los crian para diversion, enseñándoles algunas habilidades, principalmente en Osaca, que es el punto céntrico adonde acuden todos los charlatanes del Imperio.

Lo que llaman en el Japon hormiga blanca, es una plaga tan temible como la langosta. Dan tambien á este insecto perjudicial el nombre de *devorador*, porque ninguna cosa se resiste á su voracidad sino las piedras y metales. Este es el enemigo mas formidable de los almacenes: devora con tanta prontitud, que ántes de percibirle, se halla ya todo estropeado. Siempre van en tropas, como las hormigas ordinarias, contra las quales están siempre en guerra. Se dan batallas sangrientas unas contra otras por causa de una habitacion, y los hormigueros quedan cubiertos de las muertas. Estas hormigas blancas no pueden sufrir estar expuestas al ayre, y quando han de trasladarse de una parte á otra, fabrican largas minas por donde pasan á su nueva morada que construyen de tierra mezclada con sus excrementos. Por estos conductos subterranos, que les sirven de defensa contra sus enemigos, van y vienen sin que nadie las perciba ni pueda estorbar sus estragos. El único medio para deterrarlas de un parage, es sembrarlo de sal. Estos insectos están armados de quatro tenazas encorbadas y cortantes. Hace algunos dias que al despertar observé sobre mi mesa un montoncillo de serrin del grueso de un dedo: habiéndolo examinado, ví que las hormigas habiendo subido del suelo ha-

bian atravesado el pie de la mesa, y despues de haber continuado su trabajo por todo lo largo de la mesa, habian horadado el otro pie, y se habian vuelto á meter debaxo del suelo. Toda esta obra se hizo en una noche, y quizá en pocas horas. Pero volvamos á tomar el hilo de nuestro viage.

El dia que partimos de Meaco fuimos á dormir tres leguas de esta ciudad á una villa llamada Oitz, que no tiene mas que una calle en forma de arco: sin embargo, tiene mas de mil casas situadas á la orilla de un lago de agua dulce muy estrecho, pero de mas de cinquenta leguas de largo. A corta distancia de allí hay una alta montaña cubierta de árboles y verdura hasta la cima: nos dixeron que antiguamente contenia mas de tres mil templos, y un gran número de monasterios. Su situacion y la opinion que se tenia de la santidad de aquel lugar, la hicieron como el asilo de los habitantes de Meaco, durante el furor de las guerras civiles: pero un Emperador, que tenia motivos particulares de odio contra esta ciudad, ademas de su aversion á los Sacerdotes y Bonzos, destruyó los templos, y exterminó á todos los Eclesiásticos.

Hay pocos parages en esta region que no sean famosos por alguna produccion particular. Ya os he hablado de la excelencia del thé que se coge en las cercanías de

Meaco ; cerca de este mismo territorio se halla el mejor tabaco del Japon. A algunas leguas mas allá , la naturaleza produce en abundancia aquella especie de caña , llamada bambú , del qual se hacen bastones, los quales traen á Europa los Holandeses, y son conocidos con el nombre de *rottang*. Su precio es ordinariamente muy moderado, pero se encarecen mucho quando el Señor del pais prohíbe arrancarlas por algunos años , para que el mucho consumo no sea perjudicial á la planta. El *rottang* echa raíces tan profundas , que para arrancarle es preciso abrir un hoyo muy hondo ; y esta es la principal ocupacion , y el único comercio de gran parte de los habitantes de este pais. Pero lo que distingue particularmente al territorio de que voy hablando, es un polvo de admirable virtud para varias enfermedades. Un pobre , que era tenido por el inventor de este remedio , publicó que un dios se le habia aparecido en sueños , y mostrándole varias plantas de las que nacen en las montañas vecinas, le habia mandado que usase de ellas para alivio de sus paisanos. Habiéndose hecho célebre el remedio con esta fábula , su autor adquirió en breve tiempo grandes riquezas. Ya veis , Señora , que la Francia no es el único pais en que se adquieren riquezas con semejantes artificios. El empirico Japonés, pa-

ra autorizar mas su ficcion, hizo construir un templo en honor de su dios benéfico. Sus descendientes, que han continuado el mismo comercio, se distinguen por sus riquezas y fundaciones.

Quando hubimos perdido de vista el rago de Oitz, nos encontramos con algunas de aquellas peregrinas de que os he hablado: se acercaron á nosotros cantando, y su conducta nos pareció no ménos desembarazada que honesta, como un medio entre el pudor y el descaró. Su mendiguez tenia mas bien el aspecto de una escena cómica, que de pobreza ó necesidad, y á fuerza de súplicas y alhagos nos sacaron limosna. Otra muger vestida de seda, bien adornada, y con el rostro arrebolado, conducia á un ciego, y pedia limosna para él.

El parage en que la encontramos, está cerca de Jokaitz, ciudad bastante populosa, en donde presenciarnos un entierro de una persona principal. Primeramente vimos pasar una larga comitiva de mugeres, parientas del difunto, vestidas de blanco, cubiertas las cabezas con un velo: las mas distinguidas iban en sillas de manos, cuyo aparato no tenia muchos visos de cosa fúnebre: acompañábanlas sus criadas, y gran número de esclavas.

Detras de ellas marchaban los amigos mas distinguidos del difunto, adornados de

sus mejores vestidos. Despues de ellos á bastante distancia venia una larga tropa de Bonzos precedidos de su superior, que iba en una silla, con una bata sembrada de flores de oro. Los otros traian una especie de roquete, y sobre él un manto negro con una larga cola arrastrando. Uno de los Bonzos venia tocando sin cesar una especie de timbal, y los demas cantaban las alabanzas de sus dioses.

Entre los Bonzos y su superior iba un hombre con una gran tea encendida, y otros llevaban sobre las puntas de las picas unos canastillos de carton llenos de flores, las quales iban derramando por todas partes, sacudiendo las picas, y esto dicen que denotaba que el alma del difunto estaba en el paraiso. En efecto, siempre que ellos sacudian los canastillos, los espectadores tan arrebatados de gozo como si las flores cayesen del cielo, daban gritos de alegría, y repetian en alta voz: "¡Dichoso él, que ha sido recibido en la morada de los bienaventurados!"

Detras de estos hombres á cierta distancia, ocho Bonzos jóvenes llevaban baxo del brazo unas varas largas, tocando en tierra con una punta, que estaba adornada con una vandera, en que se leia el nombre de la divinidad principal á quien habia adorado el difunto. Seguíanles inmediatamente otros doce Bonzos, diez de los quales llevaban cada qual á la punta de un gran

baston una linterna de tela fina, en la qual se veia tambien escrito el nombre del mismo dios, y los otros dos llevaban una vela sin encender. Despues venia una tropa de gente vestida de pardo, con sombrerillos de figura triangular de cuero negro y barnizado, atados por debaxo de la barba. El nombre del dios del difunto venia tambien escrito con caractéres gruesos en una vanderera de tela fina, que iba al fin de esta última tropa.

En fin, llegó el cadaver, conducido por quatro hombres en una especie de litera ó silla muy adornada. Estaba sentado el muerto sobre sus talones, con el rostro descubierta, y las manos cruzadas sobre el pecho, en la actitud de quien hace oracion. Tenia sobre sus vestidos una bata de papel, con la qual se entierra á todos los devotos, porque en ello tienen una supersticion. En estas batas están representados los principales objetos de su religion, con unos caractéres mágicos, que dicen es el pasaporte para el paraíso. Los hijos del difunto iban al rededor del cadaver, adornados de sus mejores vestidos, como en dia de fiesta: el mas jóven llevaba una vela encendida. El parage en que depositaron el cadaver, es un campo rodeado de paredes cubiertas de negro, color, que como he dicho, es de gala en el Japon. En medio de este campo habian abierto una se-

pultura, desde cuyo fondo se levantaba una hoguera entre dos mesas, una llena de manjares, y la otra con un brasero.

Los Bonzos pusieron el cadaver sobre la hoguera: el superior se acercó, y tomando la vela que traia el menor de los hijos del difunto, dió tres vueltas al redor de la hoguera, meneando la vela; y habiendo dicho algunas oraciones, volvió á entregarla al que se la dió, y éste la arrojó en medio de la hoguera. Entónces los Bonzos encendieron sus velas, pegaron fuego á la hoguera por varias partes, y derramaron encima aceyte, con otras materias combustibles y aromas. Luego que se hubo quemado el cuerpo, se acercaron los parientes á la mesa del brasero, echaron en él perfumes, y se inclinaron profundamente para adorar al difunto, cuya alma creian que habia volado al paraiso.

Por lo demas, la costumbre de quemar los cadáveres no es general en el Japon: regularmente se contentan con enterrarlos, principalmente los pobres siempre lo hacen así. Excepto esto, las ceremonias fúnebres se executan casi uniformemente en todo el Imperio, á pesar de la diversidad de religiones. Los Bonzos asisten á los entierros sin mas premio que lo que quieren darles de limosna; pero ántes de la muerte del enfermo emplean todas sus astucias para alzarse con parte de sus bienes.

Despues de las ceremonias que he referido, se retiró toda la comitiva. Al dia siguiente los parientes y amigos del difunto fueron al lugar de su sepultura, recogieron las cenizas, y las encerraron en un vaso dorado, cubriéndole con un velo muy precioso, y le metieron en la sepultura. Nos dixeron que debia estar allí siete dias, durante el qual tiempo van los Bonzos á repetir sus oraciones, y despues vá la familia á recoger el vaso, que conservan con mucho cuidado. Se coloca sobre un pedestal, en donde está escrito el nombre del difunto, y el del dios cuya religion seguia. Al cabo de siete meses vuelven á repetir al difunto nuevas honras, observando parte de las mismas ceremonias. Hacen lo mismo á los siete años, y hay algunos tan devotos, que lo repiten cada semana. Esto se practica en algunas sectas con un estruendo increíble de campanas, platillos, tambores, con el qual las mugeres, niños y Bonzos mezclan sus gritos y alharidos espantosos. El Emperador celebra por sí mismo el aniversario de su padre, y en este dia dá libertad á algunos presos. Es inutil advertir, que las ceremonias que acabo de referir, no se practican entre la gente pobre. Bastante es que se parezcan á los ricos en el modo de morir: por lo demas se les entierra con tan poco aparato, como entre nosotros á los que no pueden costear un entierro.

Quando muere un Grande, sucede á veces que 20 ó 30 de sus vasallos ó esclavos se matan para ir á servirle al otro mundo, á lo qual se obligan antes con juramento, manifestando de este modo el grande amor que tienen á su amo. He aquí como se contrahe esta obligacion. "Yo te doy esta vida, dice el vasallo ó esclavo, y te prometo que no la conservaré sino en tanto que sea útil á la tuya." Despues de esto, el Señor y el vasallo se beben una copa de vino, lo qual se considera aquí como la ceremonia mas religiosa, y la obligacion mas sagrada. Para hacer esta execucion trágica, juntan á sus parientes en un templo, se sientan sobre una estera, y despues de haber comido con exceso, se abren el vientre en cruz, y si les queda aun bastante valor, se acaban de matar dándose un golpe en la garganta. Hay esclavos, que en sabiendo que su amo vá á construir un templo, le suplican por favor les permita enterrarse vivos debaxo de los cimientos, creyendo que con este sacrificio voluntario el edificio será indestructible.

En algunas sectas se cree que las almas andan por los ayres por cierto número de años antes de ser admitidas en el paraiso, y que vuelven una vez al año á visitar sus familias. Esta opinion ha sido el fundamento de una fiesta consagrada para recibir las visitas de estas almas. Todas las casas se

alornan con el mismo aparato que si hubiesen de hospedar á una persona de la mas alta calidad: la víspera de esta fiesta todas las familias salen de sus casas para recibir á sus huéspedes aereos. Los campos están iluminados con infinidad de luces, para que las almas no equivoquen el camino. Quando presumen que ya habrán llegado, las hacen grandes cumplimientos, las convidan á que descansen, las ofrecen refrescos, y continúan por una hora esta conversacion extravagante. En cada casa hay varias mesas abundantemente provistas y servidas: se ponen cubiertos para los difuntos y para los vivos, y creen que los muertos chupan la substancia mas pura de los manjares que les presentan. Despues de la comida, cada qual va á visitar á las almas de sus amigos y vecinos, y pasan toda la noche en estas visitas. La fiesta dura toda la mañana siguiente, y despues salen todos acompañando á las almas hasta el parage en que suponen las habian recibido el dia anterior. Para evitar que algunas de estas almas no se queden en las casas é incomoden á sus habitantes con molestas apariciones, tiran muchas piedras á los techos de las casas para espantarlas, y registran con cuidado todas las piezas, dando palos en todos los rincones para auyentar á las almas vagabundas.

El luto, como he dicho, es de color blan-

co en el Japon así como en la China: dura dos años, y en este espacio de tiempo deben abstenerse de todos los placeres. El aparato del luto es muy lúgubre, y cubren todos sus vestidos con una bata de tela gruesa, toda llana y sin ningun pliegue, sujetándola con un ceñidor grosero y muy ancho. Este traje es uniforme en hombres y mugeres; unos y otros llevan un adorno en la cabeza, que consiste en una banda de lienzo, que se rodean á la cabeza, y de ella cuelga por detrás otra lista de la misma tela. Esta sencillez del vestido va acompañada de singular modestia; caminan muy despacio, con los ojos baxos, y las manos metidas en las mangas de la bata. En los dias consagrados á la memoria de algun difunto, no es permitido á sus parientes ni amigos el matar á ningun animal. Durante el año de luto por el Emperador, está prohibido en todo el Japon matar ó llevar al mercado ningun animal vivo.

El entierro que encontramos en Jocaitz detuvo nuestro camino por algunas horas, y fuimos á dormir á Oruano, ciudad grande de la provincia de Ovari. Acababa de llegar aquí una tropa de mugeres, enviadas para representar comedias, y son como nuestros cómicos de la legua, que andan vagueando de pueblo en pueblo. Traían provision de vestidos y decoraciones acomodadas á sus dramas, cuyo argumento era al-

ninguna aventura amorosa ó de guerra. Estas mugeres dependen de un solo hombre, de quien son esclavas, y él las asigna varios paises, prohibiéndolas con pena de muerte el recibir mas precio del señalado por sus representaciones. Este oficio, que las proporciona una vida divertida y cómoda, es tenido por infame. Despues de haber vivido en compañía de las personas mas distinguidas, porque los Señores principales del Japon suelen amancebarse con ellas, quando mueren, las atan un cordel al cuello, las meten en la boca un manojo de paja, y de este modo las arrastan ignominiosamente por las calles; despues abandonan sus cadáveres en algun basurero, para que sirvan de pasto á los perros y aves de rapiña.

El castillo de Oruano está fabricado sobre el agua, y debe su origen á un Emperador, de quien nos contaron la siguiente anécdota. Este Príncipe por causa de un vicio detestable contrahido desde su juventud, habia adquirido tanta aversion á las mugeres, que no queria casarse. El Dairi temiendo que faltase heredero á la corona, escogió entre sus parientas mas cercanas, y entre las Princesas mas distinguidas del Imperio dos doncellas jóvenes de rara belleza, que envió al Emperador, suplicándole que tomase por esposa á la que mas le agradase. Este Príncipe tuvo la complacencia de consentir en lo que se le pedia, pero sin desistir de

su abominable vicio, de suerte, que trató á su esposa con la mayor indiferencia. Esta Princesa cayó en una melancolía tan profunda, que estuvo á pique de perder la vida: su aya, movida á compasion, se tomó la libertad de hacer reconvenciones al Emperador un dia que le encontró de buen humor. Este hombre brutal se irritó en extremo, y retirándose á su quarto, mandó á su Arquitecto que fabricase con la mayor prontitud un castillo fortificado con fosos y puentes levadizos, para encerrar en él á su esposa, al aya, y á todas sus mugeres.

Lo mas notable que observamos desde Oruano hasta Togitz es el grande y famoso rio de Osingava, la montaña de Fudsi, y el célebre lago de Fakone. El Osingava es un rio de corriente tan rápida, que es imposible vadearle despues de las grandes lluvias. En los demas tiempos es tambien muy peligroso su paso, por las grandes piedras que arrastra de la montaña. Los habitantes de los lugares vecinos que conocen perfectamente su cauce, cobran un derecho fixo por ayudar á los pasajeros á atravesarle; y si alguno tiene la desgracia de perecer entre sus manos, las leyes del pais castigan con pena de muerte á los que se encargaron de pasarle. Se les paga á proporcion de la altura del agua, que se mide por un madero plantado á la orilla. Aunque estaba bastante baxa quando nosotros pasamos,

nombraron cinco hombres para cada caballo de nuestra comitiva, dos á cada lado para sostenerle, y uno para llevarle de la brida. Quando la creciente es muy grande, se emplean doce ó quince hombres para cada pasagero.

La montaña de Fudsi es una de las mas altas del globo terrestre, pues cuentan seis leguas desde el pie hasta la cumbre. Las montañas vecinas parecen cerros en su comparacion, y se descubre desde tan léjos, que puede servir de guia para los caminantes. Su figura es cónica; la basa es muy ancha y termina en punta: casi todo el año está su cima cubierta de nieve. Como en la parte superior siempre corre viento fuerte, la supersticion conduce al pueblo á su cumbre, para adorar allí al dios de los vientos. Se tardan tres dias en subir, pero se puede baxar en tres horas por medio de una rastra de juncos, con la qual se deslizan por la nieve en invierno, y por la arena en verano. Los Sacerdotes que habitan en este parage, están consagrados al culto del dios Eolo Japonés. Los escritores del Japon, y principalmente los poetas hacen tan freqüentes alusiones á esta montaña y al rio Osingava, como los Griegos al Olimpo, y los Hebreos al Jordán y al Líbano.

El lago de Fakone es reputado en el Japon por el purgatorio de los niños que mueren ántes de los siete años, y creen que son atormentados allí hasta que las li-

mosnas de los buenos hayan conseguido su libertad. Las orillas de este lago están cubiertas de ermitas de madera, donde habitan unos Sacerdotes que dan alharidos horribles, golpeando con martillos sobre unas campanas chatas, y reciben limosnas de los viajeros. Dan á estos en cambio unos papeles en que están escritos los nombres de sus dioses, los quales llevan con mucho respeto á la orilla del lago, y los arrojan al agua, atándoles una piedra para que se hundan. Los Sacerdotes aseguran que las almas reciben alivio en sus tormentos á proporcion que estos nombres se van borrando, y quedan enteramente libres luego que han acabado de borrarse. El parage particular, donde suponen que están presas las almas de los niños, está señalado con un monton de piedras que forma una especie de píramide. Lo singular es, que los mismos Sacerdotes están persuadidos de la existencia de este género de purgatorio, y ellos ván tambien á comprar de estos papeles, que arrojan al agua de muy buena fé.

En una de las ermitas de la orilla del lago nos mostraron varias curiosidades, como sables de los antiguos héroes del país, cuyas proezas nos contaron; el vestido que habia usado un espíritu celestial, y que le ayudaba para volar; el peyne de Jerótimo, primer Emperador seglar del Japon; la campana de Kobidais,

fundador de una secta célebre, una carta escrita de propia mano de un dios &c. Esto, Señora, se parece al candil de Epicteto, al espejo de Virgilio, y á otras cosas semejantes de otros países.

El lago de Fakone está poco distante de la ciudad de Odovara, donde se prepara el *cachú* perfumado, del qual hacen píldoras, idolillos, flores y otras figuras. Las mugeres hacen mucho consumo de esta droga, por la opinion que tienen de que fortifica la dentadura y dá buen olor á la boca. El *cachú* es una especie de jarave espeso, que los Holandeses y los Chinos llevan al Japon, y despues de las preparaciones que le dan en las ciudades de Meaco y de Odovara, donde le mezclan con ambar, alcanfor, y otros ingredientes, lo compran para transportarlo á otros países.

Poco tiempo de nuestra partida de esta última ciudad, nos hallamos en una gran llanura, cuyos términos no se alcanzan con la vista, porque se extiende hasta Jedo. Como no he podido daros noticia de las ciudades, villas, aldeas y caseríos que hemos encontrado en el camino, debo ántes de hablar de la capital, daros una idea general de su forma y construcción. La mayor parte de las ciudades no tienen murallas ni cercas, y aun raras son las que están rodeadas de una empalizada. Las calles, que comunmente son muy regulares, se extienden en linea recta, y están cortadas en ángulos rectos. En el remate de cada calle hay una

puerta de madera, que se cierra por la noche, y aun por el dia en caso de algun motin. Las calles no están empedradas, pero ya he dicho que hay losas á los dos lados para la comodidad de los que andan á pie. Las villas y aldeas son tan freqüentes, principalmente en la Isla de Nippon, que casi ocupan toda la distancia que hay de una ciudad á otra, de suerte que la mayor parte de los caminos están cubiertos de casas á derecha é izquierda. Es verdad que estas aldeas no tienen mas que una calle, porque sus habitantes se mantienen de vender provisiones á los pasajeros, y todas las mercaderías de que puedan necesitar. En estas aldeas hay mas mercaderes y traginantes, que labradores, porque estos últimos residen ordinariamente en alquerías ó en chozas por los campos. Las casas de estos tienen mas apariencia de establos que de habitaciones de hombres: quatro tabiques de madera, muy bajos, revestidos de tierra mezclada con cal, y cubiertos de paja ó de tablas groseras, forman su habitacion, en donde se aloja una familia entera, á veces muy numerosa. Detras de la puerta cuelgan una estera de paja para que los pasajeros no vean lo que pasa dentro de la cabaña.

Los castillos de los Señores están contruidos comunmente cerca de algun rio, ó sobre una altura, ocupan un terreno espacioso, y están rodeados de tres murallas,

con otros tantos fosos. En medio está la casa en donde habita el Señor: lo interior está adornado con cedro, y las piezas están unidas con tanta habilidad, que no se distinguen las junturas. En todas partes se ven baxos relieves de la misma madera, que representan los principales hechos de la historia del Japon. Este edificio es quadrado, y la habitacion del Señor está mas elevada que todas las demas. Entre el segundo y tercer muro están las habitaciones de los criados principales del Señor, y en el primer recinto viven los soldados, criados, y gente inferior. Todo género de personas puede entrar en este recinto, que es el mas espacioso y poblado. Fuera del castillo hay ordinariamente una grande explanada para exercitar las tropas. Los espacios vacíos que hay entre los recintos, se destinan para jardines, cuya forma es muy singular: son quadrados, y en general pequeños: la tierra está cubierta de cascajo y de piedras redondas de varios colores. Hay algunos cuadros de flores, plantadas con una confusion aparente, que no dexa de tener su belleza. En un ángulo del jardin se eleva un collado artificial, ó un peñasco adornado de páxaros é insectos de bronce, graciosamente dispuestos. Un arroyo se precipita de lo alto del collado, y á veces hay estanques llenos de peces, y bordados de céspedes y flores. La cima está ordinariamente corona-



da con un templete acompañado de un bosquecillo. En una palabra, se hallan allí en pequeño casi todas las cosas que contribuyen á adornar nuestros jardines de Europa.

Quando las murallas de estas fortalezas amenazan ruina, no las pueden reparar sin haber obtenido el permiso del Emperador; y aun está prohibido con mas rigor el construir de nuevo ningun castillo sin especial licencia del Soberano. Con esta política los Emperadores del Japon no han conservado en buen estado mas plazas que las necesarias para su seguridad, y no tienen que temer que ningun Señor se atreva á fortificar nuevas plazas contra su voluntad.

Al entrar en los arrabales de Jedo, el sitio destinado para los suplicios nos ofreció un espectáculo terrible, que fue una multitud de cabezas humanas, y de cadáveres, unos medio podridos, otros medio devorados, con gran número de perros, buitres, cuervos, y otras aves carnívoras cebadas en estos horribles despojos. Este arrabal es una calle larga irregular, que tiene el mar á la derecha, y un collado á la izquierda, sobre el qual se descubren algunos bellos templos. Despues de haber andado tres quartos de legua por esta calle, nos detuvimos en una posada, desde la qual la vista del puerto, lleno de gran multitud de embarcaciones de todos tamaños y figuras, presenta una de las mas bellas perspectivas del mundo. Estuvi-

nos allí recreándonos por un par de horas antes de entrar en la ciudad; prosiguiendo despues nuestro camino, la belleza de las calles, que eran mas anchas y uniformes, el concurso y tropel de gente nos hicieron comprehender que en fin habiamos llegado á Jedo. Pasamos muchos puentes magníficos, entre los quales distinguimos uno de quarenta y dos brazas de largo. Este es el mas célebre del Japon, porque es, como ya he dicho, el centro comun, desde donde se toma la medida de los caminos, y las distancias de los lugares en toda la extensión del Imperio. Nuestra admiracion se aumentó particularmente por la multitud increíble de gente, el aparato de varios Señores y Grandes que encontrabamos á cada paso, y por los preciosos adornos de las Señoras que pasaban continuamente en sus sillas y palanquines. No nos cansabamos de mirar la variedad y belleza de las tiendas, que adornan las calles á los dos lados, y las muestras que tenían patentes de todo género de telas y bordados. No advertimos como en las provincias, que ninguno tuviese la curiosidad de vernos pasar, porque una comitiva tan pequeña como la nuestra no era capaz de llamar la atencion de los habitantes de una ciudad tan populosa, corte de un Monarca tan poderoso, y capital de un vasto Imperio, donde están acostumbrados á espectáculos magníficos.

Fin del Quaderno XVI.

a
a
o,
g.

Universi
Bibli

Diar

IV

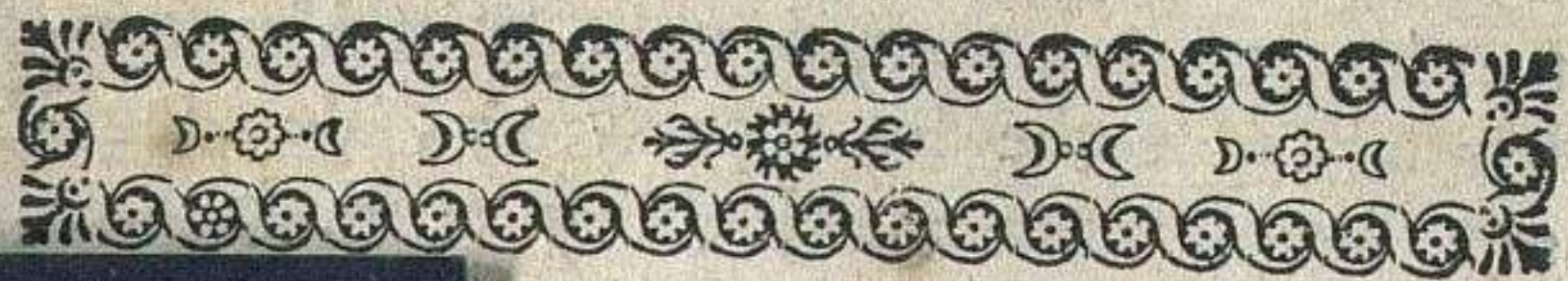
Universidad de Valencia

Biblioteca General

Diar. ~~Amig.~~

IV - 51

Dian, Autip
IV-51



GERO UNIVERSAL.

ó

IA DEL MUNDO

IGUO Y NUEVO.



RTA LXVII.

El Japon.

Imperio, el mas antiguo de
conocen despues del de la Chi-
ubierto casualmente por un
navio Portugués, que fue arrojado por una
tempestad á sus costas el año de 1542.
Los Portugueses hallaron una benigna aco-
gida en los Japoneses, quienes les dieron
todos los socorros y auxilios que necesitaban,
y les franquearon todos sus puertos, con
los mayores privilegios para el comercio,
del qual sacaron al principio inmensas ri-
quezas.

El Imperio del Japon está situado en-